

Diálogos de cortesanas
seguido de
Manual de urbanidad
para jovencitas

Pierre Louÿs



La sonrisa vertical



Diálogos de cortesanas y Manual de urbanidad para jovencitas suponen el mayor descubrimiento del deseo erótico femenino, hasta entonces mera comparsa del masculino, cuando no sometido a este: por vez primera mujeres y muchachas adolescentes tienen voz para expresar sin tapujos, con desvergüenza incluso, sus propios y exclusivos deseos. Pierre Louÿs pinta en rápidas escenas el erotismo en su momento más álgido, sin arredrarse ante los términos del amor que, empleados por todos, nunca figuran en los diccionarios.



Pierre Louÿs

Diálogos de cortesanas seguido de Manual de urbanidad para jovencitas

La sonrisa vertical - 11

ePub r1.2

Titivillus 14.10.15

Título original: *Dialogues des courtisanes et Manuel de civilité pour petites filles*

Pierre Louÿs, 1917

Traducción: Paula Brines

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: revisiones r1.1 y r1.2 gracias a informes de dos usuarios

ePub base r1.2



Diálogos de cortesanas

De visita

—Entra, querida. Desnúdate.

—Tú también.

—Yo no llevo más que la bata, mira, voy en cueros debajo. Ya está en el suelo.

—Oh, tu coñito querido, deja que lo acaricie.

—Desnúdate antes. Tu chaleco..., tu enagua..., tu corsé. ¡Vaya, qué tetitas más monas!

—Se ponen tiesas por ti, ya ves.

—¡Cochinas! Sigue. Quítate el pantalón. Quítate la camisa. Tus zapatos. Las medias.

—¡Las dos en pelotas, cielito mío!

—No quiero que me visites de otra forma. Siéntate delante de mí, vamos a conversar.

—¿Cómo? ¿Te tiñes bajo el vientre?

—Sí, querida, es más bonito.

—Queda muy bien encima del rosa de los labios.

—Si te dijera otra cosa, te sorprendería aún más... Mira ahí.

—¡Oh! ¡Qué encanto! ¡Se maquilla el ojete del culo con pintalabios rojo! ¡Cuánto te adoro! ¡Déjame besarlo!

24 de agosto

La peluquera de coños

—Pero ¡qué pelos! ¡Qué pelos! ¡No es posible!, ¡te los rizas!

—¡Pues claro!

—¿En serio? ¡Vaya, al decirlo no lo creía! ¿Quién te lo hace?

—Fernande. ¿No conoces a Fernande? Hay que conocer a Fernande, hija. Es una rubita de unos treinta años, la mejor peluquera de coños de París.

—¿Peluquera de coños? ¡Vaya profesión!

—Llega por la mañana a las once, cuando me despierto. No tengo ni que levantarme; me lo lava todo en una palangana, por delante y por detrás; y luego me enjabona los pelos con champú, los seca, les pone brillantina, los peina, los riza con tenacillas... Por eso los tengo tan bonitos.

—¿Y lo mismo debajo del brazo?

—Ya lo ves.

—¡Virgen santa! ¿No te rizará también los labios del coño?

—Casi. Me masajea el capullito para hacerlo crecer y ponerme más sensual. No sé si resulta, pero me corro cada vez como una loca en plena sesión.

El examen de la *madame*

—A sus órdenes, señora. Ya ve usted, tengo la piel muy blanca y muy fina por todas partes.

—Sí... Acerquese.

—Y además, pezones de nodriza... A los clientes les encanta eso de que una tenga buenos pezones para paseárselos por el capullo.

—Acuéstese en el canapé, que pueda verle el coño.

—Aquí lo tiene, señora, puede mirarlo, nunca me ha costado enseñarlo.

—¿Qué sabe hacer?

—¡Oh! Yo, todo lo que quiera. Buenos lengüetazos. Buenas contracciones de coño...

—¿Y por aquí?

—¿En el agujero del culo? Bueno, en mis tiempos había sido virgen de ahí... ¡Ji, ji! Pero esos tiempos han quedado muy lejos.

—Bueno. Entonces a ver si no se hace la estrecha con los clientes que le den la vuelta. ¿De acuerdo?

—Pero... ¿es que vienen muchos?

—¡Ah, hija mía! Ya sabe usted lo que son los hombres. En los tiempos que corren, una chica guapa tiene con mayor frecuencia una polla en el culo que en la boca.

La pequeña pastora

—Aquí puedes desnudarte, en este matorral.

—Será rápido, señorita. No llevo camisa. Me quito el justillo, salen las tetas. Me quito la falda, sale el culo.

—Eres mona..., eres muy mona desnuda. Pero dime, Margot, ¿acaso no te lavas nunca?

—¡Oh!, nunca, señorita. ¿Para qué? Voy siempre descalza, las piernas al aire. Me ensuciaría tan pronto como me lavara.

—Pero ¿y más arriba, Margot, los muslos, tus nalguitas?

—Es como lo demás, sabe. Cuando me siento, para no enmerdar la falda, pongo el culo en el suelo.

—Pero... ¿y por delante?

—Mi culo de delante, señorita, se lava solito. Está siempre mojado, como puede verlo... No me lo toque o me correré en su dedo... Y además como dice mamá, es la leche de los chicos lo que lava el culo de las chicas... Digo todo eso sin faltarle al respeto, señorita. No se azore por tan poco.

—¿Ves a muchos chicos, tú?

—¡Vaya, pues a todos los que me lo piden! Eso no se niega. Ellos tienen una polla y yo un coño, ¿están para ponerse la una en el otro, no es cierto?

—¿Y no les importa que estés cubierta de mugre?

—Al contrario. Huelo a tía. Eso las pone tiesas.

En el escondrijo

—¿Estás segura de que estamos bien escondidas? Porque si vieran lo que vamos a hacer, me daría vergüenza. ¿Y qué diría mamá...?

—Es el mejor escondrijo del parque.

—Me enseñarás el tuyo cuando hayas visto el mío, ¿verdad que sí?

—¿Quieres verlo antes?

—¡Oh, sí, prefiero!

—Entonces voy a darte ejemplo, pero luego tú harás igual que yo.

—Sí.

—Es que cuando una lo enseña, debe enseñarlo bien. Levanto mi falda hasta aquí. Haz lo mismo. Más arriba. Hasta la cintura. Separo las piernas. Abre las tuyas. Voy a bajarme los pantalones; ¿adivina de qué color los tengo?

—¿El qué?

—Los pelos.

—No lo sé... Me siento toda roja... ¡Oh, Lucienne! Te los has bajado... ¿Puedo mirar?

—Y tocar.

—Está calentito.

Las buenas costumbres

—¿Cuántas veces esta noche?

—Tres veces antes de dormirme y dos veces a la una y media cuando me he despertado.

—Yo, seis veces. ¿Y esta mañana?

—Dos veces en la cama y una vez en el baño.

—Yo, ya no podía más, tenía el coño demasiado rojo, me lo puse todo en carne viva.

—Enséñame a ver.

—Mira. No lo toques, me escuece.

—¡Oh, pobre coñito! ¿Quieres que me lo haga delante de ti? Quizá con sólo mirar la guarrada ya te correrás.

—¡Sí, sí!

—Vale, lo hago, mira, lo... hago...

—Levántate bien la falda, que lo vea. ¡Oh..., me pone cachonda!... Ábreme bien.

—Gozo, cariño, go... zo... Mira, mira cómo gozo...

—¡Ah, ah!... Me he corrido sola... ¡Oh..., más!

14 de abril

Sin pollas

—¿Has cerrado bien la puerta?

—Sí.

—Pongámonos bien a la luz.

—¿Por qué?

—¡Pues para vernos el coño!

—Yo ya estoy, empiezo ya.

—No goces antes que yo.

—No te preocupes, me lo haré durar.

—¿En quién piensas para correrte?

—Pienso en pollas.

—¡Si tuviéramos una!

—¿Has visto ya alguna?

—Vi la del cochero un día que meaba en el establo.

—¿Piensas en ella?

—Claro.

—¡Oh, me estoy mojando!

—Cochina... ¡Oh, yo también!

—¿Gozas? Dilo, ¿gozas? Yo gritaría.

—¡Ah! ¡Me noto sacudir hasta en la espalda!

—Dame la toalla, mi coño desborda.

15 de abril

El juego de los dos charcos

—¡Joséphine!

—¿Señora?

—Despierte, hija. Deje que aparte las sábanas. Ya le he levantado el camisón. Ponga su mano ahí y mastúrbese delante de mí.

—¡Oh! ¡La señora está desnuda!

—Sí, voy a ponerme en cucullas en su cama, frente a su coño, y con las piernas abiertas como usted. Vamos a probar un juego del que me han hablado. Parece muy divertido. Nos masturbaremos una delante de otra. Así haremos un charquito debajo de cada uno de nuestros coños y no pararemos hasta que los dos charcos no hagan más que uno.

—¡Ja! ¡Ja!... El mío corre... pero el de la señora... es mayor...

—¡Goza, so zorra!... ¡Escupe con el coño!

—¡Ah, ya está! ¡Virgen santa, qué mar!

24 de agosto

Lectura en la cama

—Sigue leyendo, Germaine. Quiero hacerlo una vez más.

—Empiézate tú antes. Cuando estés bien excitada...

—¡Si ya lo estoy! ¡Mira, mira si no lo estoy! ¡Mírame el dedo!

—Entonces sigo: *«Albert retiró su polla cubierta de leche del coño de la voluptuosa Henriette. “¡Socorro!”, gritó la condesa atrapando en su boca la polla mojada. Albert no se había corrido aún».*

—¡Oh, qué guarro es tu libro! ¡Dan ganas...! Sigue, Germaine, voy a gozar.

—*«Ella la chupaba como con rabia. Pero ya Henriette había metido su cabeza por entre los mulos de la chupadora y la mordisqueaba con furia. La condesa se contorsionaba de placer y voluptuosidad. Su hermoso culo de carne morena y velluda se agitaba sobre la boca de la pequeña tribada. Héctor, ante tal espectáculo, había vuelto a empalmarse. “¡Tengo que encularla!”, gritó; y mojando su largo miembro con un poco de saliva...».*

—¡Ah!... ¡Ah!... Querida, me estás volviendo loca...

—*«Lo empujó con vigor en el estrecho ano de la joven. Ella quiso gritar, pero en ese mismo instante un flujo invadió su boca, mientras que la verga de Héctor y la lengua de Henriette...».*

—¡Basta!... Gozo... Gozo... Gozo...

Estudiantes de medicina

¿De qué manera estimula usted su sentido genital cuando está sola querida amiga?

—Igual que todas las chicas: soy onanista hasta la punta de las uñas, ya ve, y la masturbación clitoriana es mi placer favorito.

—También es el mío; pero querría saber cómo facilita usted el deslizamiento del dedo medio sobre el clítoris. ¿Tiene alguna receta particular?

—Ninguna. Mi clítoris entra en erección con el menor pensamiento voluptuoso y al mismo tiempo mis glándulas bulbo-vaginales salivan e abundancia. Humedezco mi dedo en su secreción ligeramente viscosa, y eso me basta.

—Está bien, pero permítame darle una receta que mañana me agradecerá. Mezcle 30 gramos de vaselina, 5 gramos de harina de mostaza, 2 gramos de pimienta de cayena y gramos de ácido bórico. Meta la punta del dedo medio en esa mezcla y unte de forma regular la pepita y los labios antes de empezar a masturbarse.

—¿No será demasiado dolorosa la revulsión?

—No. No. Las dosis son pequeñas. La empleo todos los días para mí misma y consigo espasmos de una intensidad admirable con las eyaculaciones más violentas, querida.

Teléfono

—¡Hola!... Póngame con el
208-27

... ¿Diga? ¿
208-27

? ¿Sí?

—¿Eres tú, Madeleine?

—Sí, Rosine..., te llamo, no puedo más... Te llamo desde la cama... Naniche e Yvonne se han subido a ella para masturbarse... ¿Las oyes?...

—¡Oh, las muy cochinas! ¿Cuál de las dos goza tanto? ¡Habrás visto gritar de esta manera!

—Me vuelvo loca... Naniche es la que goza... ¡No corte, señorita!... Goza en la cara de Yvonne, que tiene todas las mejillas mojadas. Yo ya no puedo mirar eso..., yo me masturbo, me masturbo por ti, Rosine, hazlo tú también.

—¡Sí, sí! ¡Hagámoslo por teléfono! ¡Oh, qué buena idea!

—Estoy desnuda, tumbada de espaldas, ¿y tú? ¡Dilo rápido!

—Yo estoy en bata, acabo de abrirla, me he levantado el camisón, me froto con todas mis fuerzas para correrme al tiempo que tú...

—No es posible..., tengo demasiadas ganas... Si vieras mi coño..., estoy inundada. ¡No corte, señorita, hágase usted también una paja si quiere, pero no corte!... ¡Ah, las muy guarras, ahora somos nosotras las que las excitamos! Vuelven a empezar.

—¡Toma, querida, toma! Ya te lo había dicho que me correría la primera.

—¡No! ¡Yo también me corro! Es para ti..., para ti..., para ti...

La joven cocinera

—Léonie, ¿qué guiso has preparado hoy con el rodillo? ¡Está todo sucio!

—¡Oh, la señora lamiendo eso! ¡Vaya por Dios!

—Pero ¿qué es? No reconozco el gusto.

—¿Que qué es? Pues jugo de coño. Me he masturbado con el rodillo. Tampoco es la primera vez.

—¡Miserable! ¿Qué dices ahora?

—¡Pues que me lo meto en el coño! ¡Y qué! Hago lo mismo que la señora. Cuando no se tiene hombre, ¿qué se puede hacer? La señora podría enseñarme algo, si es que sabe algún truco.

—¡Eres una chica infame!

—¡Esto sí que tiene gracia!... ¿Con que la señora cree que voy a quedarme así desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche sin meterme algo entre las piernas? ¡Usted no me ha comido nunca el culo, de lo contrario sabría que lo tengo caliente!

—¡Cállate! ¡Estás despedida!

—¡Es una desgracia realmente tener que oír semejantes gilipolleces! No se puede recibir a un amigo en la cocina, hay que esperar todas las noches hasta que suenen las diez para tener una polla en el agujero, ¿y ni siquiera puedo meterme un rodillo? ¡Vaya! La verdad, preferiría trabajar en un convento que en casa de una insensata como la señora.

Es usted muy buena, Simone...

—Es usted muy buena, Simone, por compartir su cama... Pero voy a escandalizarla.

—¿Cómo es eso?

—No puedo dormir sin..., sin...

—¡Ah, es usted muy amable al decírmelo! Yo lo habría hecho sin confesarlo.

¡Ya se ha ido!

—Bueno, ¡ya se ha ido! ¡Qué cobardica es este mocoso! Siente algo por mí, pero no puede ni levantarme las faldas para ver si tengo pelos en el culo. ¿No te jode?, ver a comemierdas y cretinos como este que tienen miedo de las tías.

—¡Y lo peor es que la tenía tiesa!

—¡Ya he visto que la tenía tiesa, el muy cerdo! Me he mojado como una vaca. Pon la mano aquí a ver si me queda un solo pelo seco.

—¡Joder, parece una esponja!

—Pero esto no quedará así. Tengo que terminar. Dame la vela... No, esa no, que está nueva. ¡Dame la que está en el cajón! Le fundí la punta para que no me hiciera daño.

—¿Te lo haces a menudo?

—¡No te preocupes, cuando sea puta, ya no lo haré! Tendré dos docenas de pollas todas las noches en los dos agujeros del culo; pero de momento no tengo más que una picha de cera. ¡Tráeme eso, que me lo clavo! Cuando una se empala sola, suele servirse a gusto. Mira cómo lo hago, ya está, ¡estoy a punto de gozar! Fíjate, en cuanto me lo he..., me co..., me corro. ¡Ah! ¡Santo cielo, ah, ah!

Ahora me toca a mí

—Loute, ven aquí, tengo algo que decirte.

—Sí, sí, ya sé lo que es.

—Entonces, si sabes qué es, razón de más; pero apuesto a que no lo sabes.

—Cuando hablamos las dos, siempre es mi dedo el que habla y tu capullito el que escucha.

—¿Y qué?

—Pues que esta noche ocurrirá todo lo contrario. Mi dedo no tiene nada que decirte y mi capullito se muere de ganas de escuchar.

—¡Farsante! ¡Y pensar que creía que eras frígida!

—Lo fui. ¿Crees que no me excitas abriéndote de piernas todos los días delante de mí?

—¡Qué puta eres! ¿Conque quieres levantarte tú también las faldas?

—¡Claro! ¿Y por qué no?

—¡Vamos! ¡Tumbate de espaldas, so guarra! ¡Mira qué buena soy, hago todo lo que quieres!

—¡Faltaría más!

—¿No me equivoco de lugar?

—¡Ah, querida, no te equivocas!... Ve despacio... Hazme escupir mucho...

6 de mayo de 1897

El dedo en el culo

—Ahora no.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ganas...

—¿Del gordo?

—Sí. Te ensuciarás todo el dedo.

—¡No seas tonta! ¿Crees que eso puede detenerme?

—En serio, ¿quieres hacerlo pese a todo?

—Levántate las faldas.

—¡Oh, qué marrana eres, gatita mía!

—Pon las manos en la cama para que puedas tensar tus nalgas.

—Ahora ya me los ves todos, ¿no? El coño, los pelos y el ojete.

—¡Qué mono es tu ojete, querida! Guiña como un ojo. Toma, ¿sientes mi dedo? Lo atravieso.

—¡Ah! ¡Qué bueno es en el culo! ¡Qué bueno es!

—Sí, es cierto que estás llena, siento algo pegajoso, ¡está caliente!

—¡Sí! ¡Muévelo así! Haz como si tu dedo fuera un pito. ¡Encúlame, mi gatita adorada! ¡Me trastornas! ¡Se me pone tieso! ¡Ah!... ¡Ah!... Gozo.

6 de junio de 1897

Dos hermanas en casa de la abuela

—¿Cómo? ¿Que no tenemos el derecho de masturbarnos ahora?... Anda, repite un poco a ver... ¡Repite!

—Bueno. Haz lo que quieras ya que no se te puede decir nada.

—¡Claro que haré lo que quiera! ¡Y además la masturbaré delante de ti! ¡Delante de ti!... Ven aquí, Titine, vamos a enseñarle cómo se hace.

—¡No tendrás la cara de hacerlo!

—¡Anda ya!... Mira, ¿ves esto? Es su capullito. Esto es el agujero para la polla, y esto, el agujero de la mierda...

—¡Cochina! ¡Putas! ¿Quieres callarte?

—Y esto, mi pulgar y tres dedos. Mira bien, aprende para cuando te quedas sola.

—¿No querrás que vea eso?

—Le meto el pulgar en el agujero del culo. Los tres dedos en la almeja. Luego, con un dedo de la otra mano, le froto el gusanillo. ¡Y me río de ti! ¡Y me cago en ti! ¡Y te invito a la taza del váter cuando tenga el culo encima!

Françoise, ¿dónde está mi hija?

—Françoise, ¿dónde está mi hija?

—En su cuarto, señora.

—¿Cómo? ¿Ya ha subido a hacer sus deberes?

—¡Oh, no, señora! La señorita subió a masturbarse porque vio por la ventana a un joven que le gustó.

—¡Ay, pobre pequeña! ¡Es el vivo retrato de su madre!

—¿La señora quiere que corra las cortinas?

—Siempre lo adivina usted todo, Françoise, es usted una hija dedicada... Oscurezca un poco la habitación, nada me parecería mejor.

—Si la señora me permite, le diría que... acabo precisamente de prepararme una hermosa zanahoria para mí... pero no la he utilizado, y si quiere la señora...

—No, no me gustan las zanahorias, son demasiado frías. Ponga sus dedos... ¡Ah!... ¡Sí, así hasta el fondo, hasta el fondo!

El primer plátano

—Espera a que caliente el plátano en el culo para que no te parezca tan frío.

—¡Oh! ¿Conque follas con el plátano?

—¡No te pongas celosa, tonta! ¡Como si tu plátano te pusiera los cuernos conmigo! Me enfrió el culo para meterte la fruta calentita, ¿y aún me riñes? ¡Gusano! ¡Una palabra más y me corro!

—¡No! ¡Métemelo! ¡Métemelo rápido!

—¿Y dónde te lo meto? ¡A ver si te colocas mejor, especie de virgen de pacotilla! ¿Es que nunca has hecho sudar a un tío encima de tu tripa? ¡No sabes ni desembriar el coño!

—¿Y cómo hay que hacerlo? Yo follo así.

—¡Levanta esos trapos, so torpe! ¡Las rodillas debajo de los brazos! ¡El culo abierto de par en par! ¡Ahora! ¿Ves así cómo entra?

—¡Oh!, ¿será posible? ¡Parece un pito!

—¡Ya ves! ¡Y todavía tieso! ¡Y no se pondrá blando! ¿Quieres que te eche dos polvos?

—¡Ah!... ¡Ja..., ja..., gozo..., ja! Sí, dos polvos. ¡Ja! ¡Qué bueno es!... Así..., así... ¡Qué duro está!...

Hay que masturbar a las chicas

—Estoy más tranquila en mi nueva colocación porque no tengo más que una cría a quien masturbar.

—Ya puedes decirlo, ya; tienes mucha suerte. Yo, en casa de mis amos, tengo a tres chicas a las que hay que hacérselo todo el día, y creo que cuanto más crecen más caliente se les pone el culo. Al final del día, me duele el dedo.

—La mía tiene doce años. ¿Querrás creer que no sabía hacerlo y que fui yo quien le enseñó el asunto?

—¡No puede ser!

—Sí, como lo oyes. Y ahora me lo pide a todas horas. Pero como es la única, no me cansa. Además, me lo cobro.

—¿Cómo?

—Le enseño a comerme el culo y, cuando termina, la masturbo para recompensarla.

—Eres muy lista, tú. Dando, dando...

—No es para tanto. Por dos veces al día que me lo come yo le hago unas seis pajas, cuando no más. Me excita agotarla. La despierto dos veces por la noche. Ha adelgazado, ¡si la vieras!

—Acaba con ella de una vez, tendrás menos que hacer.

Instrucción laica, gratuita y obligatoria

—Tontita, ¿crees acaso que él va a desvirgarte porque yo le haga una paja encima de tu chochito sin pelo?

—No, pero ve con cuidado.

—No temas. Voy a frotar la punta de su pito contra tu capullito. Eso te lo pondrá tieso a ti también, y jugaremos a quién gozará el primero. A ver si eres tú.

—Me gusta. Tengo ganas.

—¡Ves cómo tienes ganas! Si estuvieras sola en la cama ya te habrías puesto el dedo en el culo, ¿no es cierto, chiquilla?, ¿no te parece más bonito masturbarse con una polla que con el dedo?

—Sí, es más cochino.

—Entonces, pon bien el culo. Abre bien los muslos. Más, que él vea tu raja. Así, ahora, ¡siente cómo te lo froto arriba y abajo por tu virginidad! ¡A ver si no es bueno, tonta!

—Es bueno.

—Si fueras más espabilada, cogerías tú misma la picha y te la clavarías ahí, que te enculara un poco, sin tocarte el coño; pero eso será otro día... Goza bien, cielito, te masturbo como a una reina. Él también va a correrse. ¿Y tú?

Está viniendo... ¡Sigue, sigue! ¡Más, más rápido!... ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—Toma, marrana, ¿notas cómo te mea su leche en tu capullito?

Una declaración

—Alice, ahora que estoy borracha, voy a decírtelo todo. Me gustas.

—¡Verlo para creerlo! ¡Zizi bollera!

—No, no me gustan las demás chicas; sólo tú; cuando me besas, me mojo. Y, por la noche, cuando me masturbo, es en ti en quien pienso.

—Tienes que estar colada para decirme estas cosas.

—No cierres los muslos, déjame meterte mano.

—¿Qué? Sabes muy bien qué es un coño. Tengo uno igual que el tuyo. No tiene nada especial.

—Sí. Déjame... Estoy borracha y tienes que dejarme hacer. ¡Oh, tu vello es suave como la seda!... Pero ¡mira, tú también estás mojada!...

—¿Cómo no voy a estarlo si me metes dos dedos en el culo? Sería frígida si no me mojara.

—¡Oh! Dime, ¿quieres que te masturbe? Tengo ganas de hacerte gozar... Bésame... Tu lengua en mi boca para que yo sienta cuando llegas... ¡Sí, sí, házmelo a mí también, Alice!... ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!...

—Putita mía, me has hecho gozar mucho. Ven con tu mamá. Dormiremos juntas.

El ensayo previo

—¡Oh!, le agradezco a la señora que le haya dicho a la nueva pinche de cocina que su cama no estaba lista y que tenía que dormir conmigo.

—Entonces, ¿ha ido todo bien? ¡Cuéntemelo todo!

—Cuando nos acostamos y apagamos la luz, la cogí por los pelos, como suele hacerse...

—¿Ya tiene pelos?

—Le están creciendo. Le cogí el chufo por las puntas, ¿y quiere creer usted que no le importó un comino? Dijo bajito: «¡Mama, me violan!», y se abrió de piernas... ¡Ah, si hubiese sido un hombre no habría sido difícil tirarme a esa mocosa! En un pispas, ya tenía yo el dedo dentro.

—¿Virgen?

—Lo dirá en broma la señora. De todos modos tiene un chochito muy mono. Con un dedo se llena del todo y se toca el fondo enseguida.

—¿Tiene experiencia?

—¡Ah, la muy cochina! ¡Y tan cariñosa! No tuve ni que pedírselo. En cuanto tuvo mi dedo dentro, me masturbó; ¡uy!, le aseguro que lo sabe todo. Puedo decir que, cuando gocé, no perdí el tiempo. Lleva el ardor en la sangre, esa nena. No quise pedirle la lengua para que la señora pueda estrenarla, pero...

La tercera teta

—Sube a mi cama, gran marrana. Sube aquí, que voy a lamerte.

—¿Siempre en el coño? ¿No ha cambiado desde la semana pasada?

—No, no ha cambiado. Es siempre grasiento y peludo. Toma, toda mi lengua dentro como una polla.

—No olvides el capullito.

—¿Tu capullito? Me lo comería.

—¡Ah! ¡Me haces daño, me muerdes! ¡No tan fuerte, querida, vas a cortármelo!... ¡Ah!... ¡Ya está!... Me corro... Toma mi jugo. ¡Ah, siento que se desparrama!...

—Gozas demasiado rápido; quiero que goces otra vez.

—¡Oh, sí, otra vez!...

—Te bebo, amor mío, te bebo...

—Toma, toma...

—Es como si mamara leche... Eres mi nodriza. ¡Santo cielo, cómo gozas!

—Estoy agotada.

14 de septiembre de 1894

Mientras rezas tus oraciones...

—Mientras rezas tus oraciones, déjame probar una cosa.

—Estoy segura de que es una marranada.

—Probablemente.

—¡Conque esas tenemos!

—¿Cómo? Te pones de rodillas delante de mí, tensas el culo como si quisieras que te encularan, ¿y no quieres que chupe?

—¡Oh, ahí no!

—¡Pues sí, ahí sí! Siente mi lengua, querida, siente cómo te estruja el agujero del culo...

—¡Oh! ¡Cómo empuja, cómo empuja! ¡Acabará entrando!

—Sí; ¡imagínate que es una polla!

—Pero, querida, me estás dando por el culo... ¡Oh! ¡Qué dura es tu lengua! ¡Me estás atravesando!... Tengo dentro algo de al menos el tamaño de un pulgar... ¡Oh, qué suave es! ¡Qué excitante!... ¡Oh, me está lamiendo por dentro... la muy cerda!... Sí, sí... ¡Mastúrbame a la vez!... Estoy mojando como una fuente... ¡Ah! ¡Ah! ¡Cómo gozo!... ¡Ah, cómo gozo!

20 de julio de 1897

La perfecta camarera

—Señora, soy la camarera de la que le han hablado.

—¡Ah!... ¿Trae buenas referencias?

—Tengo de mis primeros empleos; pero la señora comprenderá que, para adquirir mi talento, estuve desde entonces en una casa en la que no suelen dar ningún papel.

—¿Está cerrada la puerta?

—No tema... Además, hablo muy bajo... Me contaron los gustos de la señora. Estoy al corriente del servicio que debo prestarle... Y con lo guapa que es, la señora puede contar con que será un placer para mí.

—¿No tiene amante?

—¡Oh, señora!

—¿Ninguna amiguita?

—Eso ya es otra cosa.

—Bueno pues tendrá que dejarla. Lo sabía usted ¿No?

Sí, señora. Y también que viviré en su apartamento, sí, me lo dijeron. Y ser amable todas las noches hasta las tres de la mañana... El señor acaba de salir. Si la señora quiere aprovechar para poner a prueba mis conocimientos, voy a quitarme el sombrero.

En un prostíbulo

—Pillina, conqué vienes a buscar mujeres en las casas de putas, ¿eh?

—Sí... Ya lo ves.

—¿Y te gustan las morenas?... ¡Ah, qué cochina eres! Toma, achúchalas, mis tetillas, cógelas con las manos... Entonces, ¿vamos a organizar grandes juergas tú y yo?

—¿Qué sabes hacer?

—Todo lo que tú quieras, guapa. Seré todo lo guarra que quieras, haré todo lo que te guste. Pero, claro, ¡tú también tienes que portarte bien conmigo!... Ya sabes, con las señoras no es lo mismo que con los señores. Tendrás que hacerme rica, mi querida mujercita. ¿Qué me darás?

—Mi lengua.

—¿Y también alguna moneda?

—¿Quieres acostarte de una vez?

—Dime qué me darás, cariñito mío... Deberías comprenderlo... Estas cosas no ocurren todos los días... No se hacen con todo el mundo... Dime qué me darás y te haré gozar mucho y correrte mucho.

—¡Joder! ¡Que me traigan otra mujer!

Pupila de la Asistencia Pública

—Yo ya no necesito a nadie desde que tengo a mi pequeña Sixi.

—¿Qué es eso de la pequeña Sixi?

—Una pupila de la Asistencia Pública que he recogido y adoptado... Al hacer un día una visita de caridad, conversé con la directora. Me habló de una niña de doce años que estaba corrompida hasta la médula, un germen de vicio en los dormitorios... La he adoptado para salvarla...

—¿Y te chupa mucho?

—¡Ya me dirás, querida! Los dos agujeros.

—¡Qué horror! ¡Ahora necesitas a niñas de doce años! ¡Qué vergüenza!

—Doce años es la edad perfecta; tú no entiendes nada. ¡Si vieras cómo me lame el culo con todo su corazón! En cuanto me pongo en la cama, su boquita ya está entre mis pelos y ¡lap, lap, lap!... ¡Ja, ja, ja!...

—No sabrá hacerlo.

—No es la mejor, pero puedo asegurarte que me excita más que una mujer. Me mojo con ella.

—¿Y le devuelves el favor? ¿La lames tú?

—No vale la pena. Se masturba continuamente.

Información sobre un culo de bollera

—¿Tú también te has comido el culo de la hija del ama?

—No, no, me ha dicho que me quede esta noche. ¿Te lo has comido tú? ¡Oh, dime cómo es, para que yo lo sepa!... ¿La han desvirgado, di?

—¿Desvirgada? ¡Cómo no va a estarlo! ¡Si vieras el chocho que tiene! Le meto la mano como en mi bolsillo.

—¡Pero si no tiene ni veinte años!

—¡Pues tiene un embudo..., no te digo más! Además, no sabes lo que te espera, hija mía. La noche en que estuve, me acostó en cueros en el catre, haciendo un sesenta y nueve, ella encima. Un culo mojado, tan mojado que era como si una polla acabara de salir de allí. Estaba más excitada que una perra, la muy guarra. Me babeaba encima antes aun de que la tocara.

—¡Ah, joder!

—Espera, esto no es todo: le di un lengüetazo... Se puso cachonda, y entonces no puedes imaginar todo lo que le salió del coño: parecía la jeta de una tía mamada echando la papilla, ¡y todo en mi boca, la muy cerda! «¡Mierda!», le dije. «¿Usted no se ha corrido en tres días, o qué?».

Albertine, enseñe su culo a Simone

—Albertine, enseñe su culo a Simone.

—¡Oh, señorita Cristina! ¡Dios mío! ¡Las cosas que hay que oír por ser empleada! ¡Sí, señorita, usted me hace sonrojar!

—No intente huir. La puerta está cerrada con cerrojo. Usted me enseñará su culo o le contaré a mamá que me lame usted el mío... ¡Enseguida, Albertine! ¿Quiere enseñarme el culo?

—¡Oh, es usted, señorita, muy desagradable! No sé siquiera si tengo que levantarme las faldas por delante o por detrás.

—Inclínese encima de la cama. Yo lo haré por usted. ¿Ves, Simone? No lleva bragas. Mira qué bonitas nalgas, y estos pelos a lo largo de la raja. En la pensión, no teníamos ninguna amiga tan peluda como esta chica. ¿Ves cuando abro las nalgas?

—¡Oh, señorita..., señorita!...

—¡Hunda la grupa! ¡Vamos! ¡Mejor todavía! Toma, mira, Simone, el coño. ¡Qué bonito! ¡Qué rojo, qué velludo! No es para ti, so guarra, este coño es para mí, sólo para mi lengua... ¿Quieres un poco?... Prueba... ¿Es bueno?... Basta.

Devaneo matutino

—¿Quién está ahí? ¿Quién es?

—Soy yo, Simone.

—Entonces, entra.

—¿Cómo? ¿Todavía acostada? Pero ¿qué te pasa? ¡Qué roja estás! ¿Qué te ocurre?

—No sé si debería decírtelo...

—¡Ah, dímelo, querida, dímelo rápido!

—Levanta las sábanas y lo verás tú misma.

—Levantar las... ¡Ah, Dios mío, tiene un consolador en el vientre...! ¡Vaya, es lo último que podía esperarme!... ¡Conque tú eres la que se hace la estrecha! ¡Aquí está ella solita, en la cama, muy modosita ella, con una enorme polla entre los muslos!... ¡Qué mala eres, qué pillá!... ¿Querrás prestármela cuando hayas terminado?

—¡Ah, ah!

—Estoy toda mojada..., date prisa, cielo.

—Acábame tú misma, querida, ya que tienes tanta prisa.

—¿Y después será mía?

—¡Claro!

Hermoso traje para una joven

—¡Oh, Charlotte, qué asquerosa eres! ¡Eres la chica más cochina del mundo! ¿No te da vergüenza pasearte así?

—¿Qué? Porque una se pasea en pelotas con un consolador en el culo, ¿la señorita se hace la estrecha? ¡Como si hubiera que ponerse hojas de parra para entrar en tu cuarto!

—No tienes pudor, te digo.

—¿Por qué no me he de clavar yo un consolador en el trasero? Bien le metes tú la lengua, ¿no?

—No es lo mismo.

—¿No ves qué bien me sienta? Yo encuentro que me completa el llevar una polla entre las nalgas. Mira cuando me doy la vuelta, mira qué elegante. Con eso y una flor en el pelo, ¡ya estoy vestida!

—¡Guarra!

—Escúchame bien, nena. Y ahora en serio. Yo estaba en mi tumbona dándome por el culo sola y no me divertía. ¿Quieres moverlo tú misma? No me toques el capullito, yo me encargo de él.

Zélie convertida en hombre

—Hágamelo pitando, mi pequeña Zélie, hay demasiada gente en la *boutique*, no puedo quedarme mucho tiempo montada.

—Ya estoy lista, señora, ya lo ve. En cuanto me ha dicho aquello en el oído...

—¿Lo ha entendido?

—¡Claro! En cuanto usted me ha dicho que le preparara el consolador, no me ha sido difícil entenderlo.

—¡Ah, mi pequeña, qué guapo era aquel hombre moreno! Cuanto más me hablaba, más me mojaba. Querida, tengo los muslos empapados, palpe a ver. Tenía todo el tiempo ganas de decirle: «¡Vamos, venga!». Pero pagó su par de guantes y, tan fresco, se marchó...

—Sí, sí; así que me toca reemplazarlo, ya lo veo. ¡Vaya papelón para la pequeña Zélie! Una buena polla, ¿no es así, señora? ¡Y vaya cómo se empina en cuanto usted se levanta las faldas!

—¡Ah, métemela, hija mía, ya no puedo más!

—Guíela usted misma, señora. Seré tonta, pero todavía no me he acostumbrado a ser un gigoló y no puedo siquiera encontrar el agujero.

Escena de celos

—Pero si estábamos de acuerdo en que él sólo me lo haría por detrás... Escúchame, amor, hay que ser razonable. No querías que le entregara mi coño.

—¡Por supuesto! No quiero que vaya a meter su polla allí donde yo meto la lengua.

—Tampoco quieres que le dé mi boca.

—No, ¿y qué? ¡Eres una puta asquerosa! ¿Crees que yo querría frotar mi culo en tus labios si estuvieran apestados por esa repugnante leche de hombre que huele a cabra y a gato en celo? ¡Chupar a tu protector! ¡Habrased visto! ¡No vuelvas a repetírmelo, marrana, o te daré un par de hostias!

—Tengo que darle algo a ese pobre chico a cambio del dinero que me promete.

—¿Quieres que te den por el culo? ¡Qué te den por el culo! ¡Te va eso! Pero te aseguro una cosa: yo te daré por el culo antes, y no más tarde que ahora mismo, con mi consolador nuevo.

—¡Oh, me harás daño con eso!

—Sí, claro, pero a ti no te importa saber si él te hará daño con su polla, ¿no? ¡Abre bien las piernas, so guarra, te desvirgaré el culo no una vez, sino seis, e incluso en tu mierda él no tendrá más que mis restos!

Dúo de amor

—¡Mira qué tieso se me pone!

—¡Oh, cochina, no puedo decirte cuánto me excitas cuando te veo así!

—Los hombres serían más guapos con tetas, ¿no crees?

—¡Oh, sí! ¡Y sobre todo con dos agujeros bajo los cojones! ¡Querido bonito mío, cuando me besas y te meto dos dedos en el coño, no puedo decirte lo que siento en el mío! Antes de hacerte cualquier cosa, ya me estoy corriendo.

—Cuidado con las uñas.

—No tengo. Déjame también, despacito, despacito, un dedo en el ojete... ¡Ah, qué buena eres! Y por delante estoy en el fondo, siento tu matriz empapada. ¡Ah, marrana! ¡Métemelo, ven rápido!

—Si me masturbas tan profundamente, voy a distraerme y no te follaré bien.

—¡No hace falta! Gozo de antemano. Métemelo bien, sí, bien adentro, ya viene... Quiero que goces conmigo... ¡Toma, toma!... ¡Ah, bollito mío! ¡Te siento mear amor en mis dedos! ¡Vuelve a empezar! ¡Sí, dos veces! ¡Aún me quedan ganas! ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!...

Cuando los padres están de viaje

—¡Señorita Madeleine, quiere dejar de darle por el culo a su hermanito con el consolador que le he regalado!

—Leontine, déjanos en paz.

—¡No, no les dejaré! ¡Es usted demasiado guarra! ¿Qué diría la señora si viera eso?

—¿Mamá? Lo más probable es que esté en Colombo haciéndose follar por los cingaleses. No piensa mucho en nosotros.

—¡Qué mala pata he tenido dándole este trasto, Dios mío! ¡Si hubiera sabido que es usted aún más puta que yo...! ¡Con quince años, ya está usted llena de vicios! Le había prestado eso para que jugara con él. ¡Y no se le ocurre otra cosa que desvirgar a sus dos hermanas y, peor aún, darle por el culo a su hermano!

—¡Pues él me ha estado dando por el culo toda la noche pasada, el muy cerdo! Tengo derecho a devolvérselo, ¿no?

—¿Cómo? ¿Eso hacéis cuando dormís juntos? ¡Virgen santa! ¡Qué idea he tenido! Yo no era más que la hija de un albañil, pero cuando dormía con mi hermano, no hacía más que chupársela.

—¡Yo también se lo hago, por debajo! ¡Y mira qué tiesa se le pone, al muy marrano! ¡Cállate. Leontine, y vacía el bidé! Hay tanta leche en el agua que no hay modo de lavarse el culo.

—¡Qué casa de putas! ¡Qué prostíbulo es esta

casa!

No es tan difícil

—¿Cuánto te ha dado?

—Treinta.

—¡Oh, qué suerte tienes! A mí, mamá no me deja chupar antes de la primera comunión.

—¡Qué boba eres!... ¿Y le haces caso? ¡Anda ya!

—No me atrevo. Además, no lo he hecho nunca; tengo miedo de devolver.

—¡No tienes por qué tragar!... Escucha lo que voy a decirte: le abres la bragueta del pantalón, le sacas el pito. Si no lo tiene tieso, se lo meneas un rato diciéndole marranadas: «Guarro», dile, «te follas a las nenas en la boca. Rufián, ¿cuánto zumo de cojones me harás tragar?». En fin, tonterías, ya ves. Luego, te levantas la falda y haces que te magree el culo. ¡Ojo con que no tenga uñas!... Cuando la tenga bien tiesa, coges su picha con la boca, como si fuera un chupete, y la chupas moviendo la cabeza. En cuanto haya terminado de gotear, escupes su dosis de leche y le dices: «Buenas noches, querido». No es tan difícil.

Ebria de leche

- ¡Hola, Nestine! —¡Hola, Blanchette!
- ¿Todo bien?
- Ya lo ves.
- ¿Qué haces ahí?
- Pues meo.
- ¡Y meas a chorro!
- Meo mi vino.
- ¿Cuánto has bebido?
- Seis vasos.
- ¿Has bebido sólo seis vasos y meas tanto?
- Ya lo ves.
- ¡Caray!
- ¡Cuánto me tocará mear a mí!
- ¿Y qué has bebido?
- Eres demasiado curiosa.
- ¿Qué? Yo te lo he dicho, podrías perfectamente decírmelo.
- No es lo mismo.
- ¿Qué es?
- He bebido...
- ¡Suéltalo ya de una vez, joder!
- Dieciocho clientes... Treinta y seis cojones.

Esquina

—¡Ah, qué mierda de profesión!

—¿Qué te han hecho?

—Lo que pasa es que estoy hasta el gorro de encharcar mis amígdalas con ese jarabe seis veces en una hora. Con los tíos de París resulta siempre lo mismo: «¡Vamos! ¡Bésamela!... No me gusta follar, prefiero una buena mamada». La verdad, no sé para qué diablos tengo un coño.

—Para mear. Mis clientes hacen lo mismo: «¿Follar? Nanay; ¡chúpala un poquito!». No hay ni uno que tenga la delicadeza de comerte el culo por la molestia.

—Hija, me creerás si quieres, pero hoy, sábado, me he hecho ya once tipos; pues bien, de once, once mamadas. ¡Ah!, y ¿sabes?, la última polla que me escupió en la boca, ¡creí que iba a echar las tripas!

—¡Uf! ¡Ya lo sé, es una porquería! Además, no todo el mundo tiene buena leche.

—¡Pero carajo! Tengo dieciséis años, ¡me cago en Dios! ¿Con qué me pondré cachonda cuando tenga cincuenta?

La señorita Lili no se porta bien

—La señora debería ir a la cocina a mirar. La señorita Lili no se porta bien.

—¿Qué está haciendo la pobre pequeña?

—Ha ido a la escalera de servicio a mamar todos los pitos de todos los camareros, y acaba de escupir eso en la salsa del pescado.

—Impídaselo, es asunto suyo.

—Cuando alguien se lo quiere impedir, ella se lo tira a la cara. He intentado darle con el látigo, ¡y me ha meado en la mano!...

—¡Darle con el látigo! ¿Cómo se ha atrevido?

—Pero, señora, me había escupido leche en los ojos, ¡créame! Y, además, me estiraba de los pelos del coño por encima de la falda hasta arrancármelos.

—¡A quién se le ocurre ser tan peluda!

—¡Vaya! ¿Ahora será culpa mía tener pelos en el coño y que toda la casa descargue en la boca de la señorita? ¡Oh, yo no quiero quedarme aquí, me despido!

En el baile

—¿De dónde vienes, Yvonne? ¿Del jardín?
¡Conque escapándote del baile! ¿Se la has mamado a alguien?

—¿Y tú?

—Yo, a nadie; pero tú, contesta, ¿quién es?

—Maurice.

—¡Golosa!

—¡Ah! ¡Así que tú también lo has probado!

—¿Quién no se la ha mamado a Maurice? ¡Es pura nata, querida! *First quality*. ¿Qué te ha parecido?

—No está mal.

—¿Y te dio mucha?

—Siete traguitos.

—¡Vaya, habrás podido saborearla a gusto! La cuestión es que esta noche ha quedado ya fuera de combate; no quiero chupar tus restos, querida, ¡a mí me gustan los buenos tragos!

—¡Oh, si a las tres de la madrugada encuentras aún a un compañero de baile con los cojones llenos, tendrás suerte!

—¿Y tu hermano?

—¡No seas ingenua! ¿Crees que no se la he mamado antes de salir de casa?

A través del tabique

—Te voy a contar algo que te hará gracia, Justine. Ya sabes que mi cuarto es contiguo al del hijo de los señores. Pues al niño lo cierran con llave por temor a que vaya a dormir a mi cama.

—¡Seguro que iría! Se le empina ya lo bastante para tus tetorras. Cuando vas a buscarlo al colegio, parece tu novio.

—¡Escucha esto! Te cuento mi truco. Hay en el tabique una pequeña placa de metal que tapa un agujero que los antiguos propietarios utilizaban para pasar un tubo de estufa. Todas las noches, destornillo la placa...

—¡Qué picara eres! ¡Te las sabes todas, la verdad sea dicha!

—Él pasa el brazo por el agujero, me soba el culo por todas partes, mete sus dedos dentro, me pone húmeda y, cuando estoy bien cachonda, le digo que pase la polla en lugar del brazo, y se la chupo.

—¿Ya descarga tan joven?

—Como un hombrecito. Y una leche bien buena, te lo aseguro. Cuando siento que ya chorrea en mi garganta, mi coño se pone a gotear; entonces, vuelve a darme su mano y me froto con su dedo hasta que me corro.

—¡Qué cosas se te ocurren! ¿Y lo haces a menudo?

—¡Hombre, pues tantas veces como ganas de gozar me entran! Tengo veintidós años y el culo

caliente.

Fatuidad

—¡Anda ya! ¡Yo, aunque soy virgen, te llevo un rato largo! No sabes lo que es tener vicios.

—¿Que no sé lo que es tener vicios? ¡Caray! Me dejo follar y dar por el culo, les chupo el rabo a los chicos, me como el culo de las chicas y, además, me acaricio el capullito con plumas de pavo. ¿Qué más puedes hacer tú? ¡Anda, dilo!

—No, te darían náuseas.

—Pero ¿qué dices? ¡Náuseas! Eso solamente podría pasarle a una virgen, que es lo que eres tú. ¡Anda, cuenta!

—Era domingo. Estábamos en la cama mi amiga la tortillera y yo, y además habíamos invitado a su hermano para que nos diera por el culo mientras nos los comíamos la una a la otra.

—Eso ya me lo han hecho. ¡No creas que lo has inventado tú!

—Espera, hay más. Primero me dio por el culo a mí, luego a su hermana, luego otra vez a mí y una vez más a su hermana. Sólo que, en el cuarto polvo, después de diez minutos follando el culo de su hermana no conseguía correrse. Entonces, me dijo: «¡A que te has hartado de tu amiguita!». Le contesté: «¡A que no!». Entonces, propuso: «¡A que si desenculo no me chupas la polla sin que me la lave!». Le contesté: «¡A que sí!».

Sacó la polla, ¡si la hubieras visto!, y había tanta caca encima que parecía un cagajón.

—¿Y se la chupaste?

—Mierda con leche. ¡Jamás habrás llegado tan lejos!

De vacaciones

—Tal como eres, Charlotte, debes de habérsela mamado a todo el mundo desde que estás aquí hace ocho días.

—No te pases.

—Verás, es que acabo de llegar. Infórmame un poco, anda.

—Lo que quieras. Pregúntame.

—¿Fernand?

—Normal. Una polla como todas las pollas. Un zumo soso. Se la hemos mamado a cincuenta como ese. Nada excitante.

—¿Marcel?

—No está mal. Una polla suave, suave, agradable de mamar.

—¿Richard?

—Sí, pero mucho ojo con tu blusa. El tipo descarga como un caballo y no te da tiempo de tragar. La primera vez, a mí no me habían avisado y babeé como un recién nacido.

—¿Antoine?

—¡Oh, este, hija mía! ¡Si le vieras el aparato! Jamás he meneado algo tan gordo. No pudo entrar más que la punta y ya tenía yo la boca llena. Además, él goza a gusto también.

—¿Michel?

—¿Sabes que le da por el culo a Suzanne? Veo que no te interesa mucho.

—¡Oh, yo paso!... Oye... Cuando le haya comido el coño a Suzy, bueno, pero hasta

entonces, entiendes, prefiero no recibir los restos.

La confesión interrumpida

—Eso no es nada al lado de lo que me pasó una vez en la iglesia de Bougival.

—¿En la iglesia?

—Verás. Yo tenía once años, tocaba clase de catecismo. El cura me había dicho que fuera a confesarme el lunes a la una... A esa hora, no hay nadie en la iglesia. Voy, me pongo de rodillas, digo: «Padre, yo me acuso...» y toda la historia; luego empiezo a soltarle todos mis pecaditos, que si le chupaba la polla a todo el mundo...

—¿A los once años? ¡No has perdido el tiempo!

—¿Qué? ¿Qué mal había en ello? Seguía siendo virgen. Entonces, me pregunta si eso me gusta y le digo que sí. Me pregunta si trago y le digo que sí. Y, de pronto, pasa su pito por la rejilla y me dice: «A ver cómo lo haces».

—¡Coño! ¿Y te dio miedo?

—¡Oh, a mí me importaba un rábano! Cuando hube cogido el pito, me lo metí en la boca. Pero, hija, ¡si hubieras visto qué número! ¡De pronto se le pone tieso, se hincha, y la rejilla se queda demasiado estrecha! ¡No podía ni correrse, ni sacar la polla, ni desempalmarse, ni nada! «¡Suéltala!», decía. «¡Deja de chupar!». ¡Yo me lo pasaba en grande! Cuanto más se retorció detrás de la rejilla más se la chupaba por delante... Por suerte para él, la rejilla era de madera. La rompió con las manos, y entonces... ¡Virgen santa! ¡Lo que llegó a soltarme en la boca! ¡Mitad leche, mitad

sangre!

La gallina ciega reformada

—La mejor manera de jugar a la gallina ciega es la que queda se pone la cabeza contra la pared y las das levantadas hasta la cintura; uno de los chicos le pone la polla en el culo y ella tiene que adivinar quién es.

—¡Oh, eso no es nada! Es mejor jugar como en casa de Léontine.

—¿Cómo se juega en casa de Léontine?

—Pues supón que te quedas tú. Te tapamos los ojos. Gustave me encula un ratito, sin gozar, para mojar un poco, luego te mete la polla en la boca y tú dices: «Gustave y le ha dado por el culo a Jeanne».

—¡Oh, pero yo no sabría! No me he comido el culo de todas las chicas de por aquí. No los reconozco por el olor.

—¡Mejor, así aprenderás! Hay que aprender a perder para ganar. Déjate tapar los ojos... Así... Abre boca. Toma una polla. ¿De quién es?

—De Julot.

—¡Conque esta la conoces! ¿Y de qué culo sale?

—Del culo de Regina.

—¡Eh, no! ¡Del culo de Berthe! ¡Has perdido! Cómele la polla y trágate la leche. Vamos a pasarte otra.

Palabras a la chupadora

—Princesa, mientras tiene mi polla en la boca, quiero decirle algunas verdades. Me he follado a más de mil doscientas mujeres, o sea que está usted chupando en este momento los restos de mil doscientos coños más o menos prostituidos, pegajosos y virulentos.

—No conseguirá asquearme. Se la chupo igual.

—No se lo diga a nadie, pero me gustan las criadas.

—A mí también.

—No puedo ver a una cocinera sin levantarle el delantal, las faldas y la camisa pringosa, para meterle mi polla en el coño.

—Y yo mi lengua.

—Cuando digo el coño, es un decir. Esas chicas son tan dóciles... Tengo en este momento a mi servicio a una pequeña bretona de dieciséis años que se deja dar por el culo como una cabra.

—No presumas. Todas lo hacen.

—Usted me la chupa que es una delicia, pero no tiene la boca tan estrecha como el agujero del culo de la bretona.

—¿Quiere el mío?

—Y, por la mañana, cuando me lo trae antes de cagar...

—Usted cree que me asquea, pero me excita, querido señor. Diga una palabra más y me corro.

La polla misteriosa

—Me ha pasado algo bastante divertido. Estaba a gatas cerca de la cama buscando un anillo, y ya sabes que en esa posición no se puede muchas veces ocultar lo que se tiene rajado...

—Ponte igual, a ver cómo estabas.

—Pues así, señora. No se humedezca, porque su marido pondría el grito en el cielo.

—¡Oh, no me excito! Sólo quería apreciarlo.

—Bueno, pues estaba de rodillas, con el culo más alto que la cabeza, cuando, de pronto, sentí que me enculaban... ¡Oh, señora mía, no sabe qué aparato! Jamás había sentido algo tan largo.

—¿Cómo se llama?

—¡Ah, si cree que me he dado la vuelta! Moví el culo, eso sí. Lo he vaciado en cinco minutos, señora mía, como con la boca. Sólo que, cuando gozó dentro de mí me electrizó de tal manera que me desvanecí. Cuando volví en mí, estaba sola; pero mi bidé le dirá si he soñado, venga a ver.

8 de junio de 1897

El consolador detrás de la folladora

—¿Vuelves a tenerla tiesa?

—Me parece que se nota.

—¡Sí, marrano!... ¡Métemela otra vez, anda!

—Estoy cansado.

—Bueno, quédate tumbado. Voy a metérmela en el coño y yo haré todos los movimientos... ¡Oh, oye! ¿Quieres hacer una cosa? Coge mi consolador de debajo de la almohada y enfilámelo en el culo mientras yo te follo de espaldas.

—¡Hoy todavía no te he dado por el culo, y veo que lo echas de menos! ¡Serás puta! ¡Atrévete a decir que no te gusta eso!

—No, no me gusta sólo eso en el culo; pero sí los dos juntos, entiendes, la polla por delante y el consolador por detrás. Y más aún si encima me masajeo el capullito...

—¡No te andas con tonterías!

—¡Oh! ¿Y qué? Ya me he corrido siete veces desde la cena. Algo hay que inventar para que eche un vasito más de jugo... ¡Así! Ahora está tu polla como Dios manda. ¡Empuja la falsa polla, anda, empújala! ¡Ay! ¡Estoy llegando, guarro! No tienes por qué taladrarme.

Camarera de hotel

—¿No le hace falta al señor nada más?

—No...

—¡Ah, ya me lo imaginaba!...

—¿Qué se imaginaba?

—Creía... Mire, señor, acaba usted de estar dieciocho horas solo en un tren; no irá a dormir así, a palo seco...

—Está muy mojado lo que tengo ahora en la mano, cochina. ¿Qué es lo que te excita tanto?

—¡Usted! ¿Quién iba a ser?

—¿Tienes ganas?

—Sí.

—¿Es que no lo has hecho hoy?

—No, y ayer tampoco... Quite ese dedo y póngame otra cosa... ¡Oh! ¿Cómo quiere hacerlo? ¿De pie? Estaríamos mejor en la cama.

—Quédate en el borde, te montaré por detrás.

—¡No vaya a equivocarse! Espere que la meta... Así... Ahí... ¡Uy! ¡Tengo un pelo que me estira! Ahora, ya está mojado, empieza a entrar bien... ¡Ah, Dios mío! ¡Me llaman! No se retenga, oiga, dese prisa en gozar, tengo que ir a ver quién es.

Fenómeno

—¿Cómo? ¿Ya jodes?

—Sí, querida.

—¿Y te han desvirgado?

—Por suerte.

—¡Vaya, qué cara tienes! Conozco a muchas chicas de nuestra edad que se acuestan con chicos...

—Incluyéndote a ti, por descontado.

—... pero ninguna que haga el amor por ahí.

—¿Por dónde lo haces tú?

—En la boca, la mano, los muslos, las nalgas, el ojete, pero no en lo otro. ¡Virgen Santa! ¿Y si te quedas preñada?

—¡Qué ingenua eres! ¿Crees que me levanto las faldas delante de chicos mal educados que se corren en lo que me estás tocando?

—¿Terminan en el culo?

—Se terminan ellos mismos. Yo no me ocupo de eso. Una vez que he gozado, ya no los necesito.

—¿Y gozas bien así?

—Como una diosa.

—¿Lo haces a menudo?

—¡Todos los días con mi novio! ¡Todas las noches con mi hermano!

La buena portera

—Además, aquí, señorita, estará tranquila; son todas putas, de arriba abajo. No hay devotas que den la lata.

—¡Ah, bueno, lo prefiero así!

—Así que acompañe tranquila hasta la salida de su casa a un amigo y quédese en pelotas en la puerta; es usted libre, nadie la reñirá.

—Perfecto. No habrá por qué molestarse.

—Por la noche, si vuelve con un hombre y van los dos con fuego en el culo, pueden echar un polvo en la escalera... Si alguien les encuentra ahí, no importa, nadie les molestará lo más mínimo.

—¡Maravilloso!

—Y si su amigo no ha venido y le pica el coño, como ya es usted mayorcita para meterse un dedo, ¿no?, pues entonces no tendrá más que elegir; hay aquí diez mujeres para comerle el culo gratis.

—Ya se lo diré.

—Y si viene un tío que no sabe a qué piso ir...

—Mándemelo que se la mamaré. Le daré algo de propina.

Dos chicas para un chico

—¡Oh, no vamos a pelearnos por eso! Me arranco dos pelos del culo y tú echas pajas a ver a quién se la tira antes. Así se hace entre amigas.

—¿Y la otra qué, mientras tanto?

—La otra le chupa los cojones mientras le mete un dedo en el culo. Todo tiene arreglo. ¿Vale?

—Vale.

—Toma, aquí están los pelos. Echa suertes. Has sacado el más largo... Bueno, engánchate su polla en el coño. ¿Sabes hacerlo por detrás?

—Sí sé. Entra más.

—Pues poneros así. Yo meteré la cabeza entre vuestras piernas y os lameré a los dos, desde tu capullito hasta sus huevos.

—Y cuando se corra... ¿te caerá la leche en la jeta?

—Así es, Marie.

—Vamos, me coloco. Ábreme la raja, que no me haga daño. Soy estrecha todavía, ya sabes.

—¿Estrecha? ¿Crees que todavía lo eres cuando hace ya tres meses que te han desvirgado y que te enfilamos cada domingo?

La educación de Nénette

—¡Aguanta, Lucien! ¡No goces! Que se lo enseñe a mi hermanita. ¡Ven aquí, Nénette! ¿Cómo se dice cuando la chica se pone a gatas y la montan por detrás?

—Se dice joder a cuatro patas.

—¿Y por qué es bueno? Dilo, tesoro.

—Porque el pito entra más hondo.

—Quita un poco la polla, Lucien, que le enseñe por dónde entra.

—¡Oh, ya lo veo!

—¿Y si me la metiera más arriba? ¿Cómo se diría? Anda, dilo bien.

—¡Pues te daría por el culo!

—¡Ah, qué zorra eres, Nénette! Es virgen de los dos agujeros, y ya sabe más que yo a su edad. Tócanos, cochina, cógeme los labios del coño, mira qué bien me lo hace, estoy mojando ya como una esponja.

—¿Quieres que te masturbe y que le achuche los cojones?

—¡Sí, sí! ¡Siento que va a gozar! ¡Frótame el capullito! ¡Ah! ¡Qué niña más guarra! ¡Toma, toma! ¡Para los dos! ¡Y él que se corre al fondo! ¡Ah, mierda, qué bueno es!

¡Tengo unas ganas de gozar!

—¿Qué? ¿Vienes a ponernos cachondas, Julie?
¡Vamos, salgamos! ¡Tengo tantas ganas de gozar
que me arde el coño! Tengo que follar o meterme
un dedo. No puedo esperar más.

—Follemos más bien. Vamos a ver a Nénesse.

—¿Nénesse? ¡Un enculador de miedo! No es
por detrás donde quiero la polla, es por delante,
en los pelos, en la mismísima raja.

—Vamos, pasemos a ver si está Julot.

—¿Julot? ¿Para qué nos haga la bromita de
correrse dentro como me hizo por Semana Santa?
¿Crees que es el momento de hacer hijos de
macarra?

—Entonces vamos a ver a Mimile.

—¡Oh, tu Mimile! ¡Tu Mimile! Cuando ya se ha
echado tres polvos, hay que lamerle el culo y los
huevos para que llegue al cuarto. A mí me gustan
los que la tienen siempre tiesa.

—¡Desgraciada! ¡Nunca tienes bastante! No
estás nunca contenta.

—Vamos al burdel, haremos de putas. Nos
follarán todos los que quieran.

—¿Y si cogemos alguna infección?

—¡Me importa un rábano! Estoy empapando
las bragas. ¿Vienes? ¡A que me tiro a veinte antes
de mañana por la mañana y después aún vuelvo a
empezar sola!

La proposición

—Si fueras bueno conmigo...

—¿Qué haría?

—Mira cómo me coloco.

—¿Quieres que te monte por detrás?

—No.

—¿Quieres que te coma el coño por detrás?

—No.

—¿Quieres mi lengua en el agujero del culo?

—Tu lengua, no.

—¿Mi polla?

—¡Mira que te cuesta entender las cosas!

—Te dolerá.

—Es asunto mío. Te digo que me des por el culo.

—Bueno, bueno... ¡Uy, cómo cuesta!

—Ábreme las nalgas... Empuja justo en mi...

—Toma..., la punta ya está.

—¡Ah! ¡Ah!... Anda, frótame el capullito, frótamelo.

—¡Espera a que haya entrado toda!

—¡Oh, no tan al fondo!... Me desgarras...

—Abre las piernas para que te lo frote mejor.

—¡Ah!... Cuánto gozo... Eh, muévete... ¡Ah!

¡Me corro!

19 de abril

Hermanita enculada

—Primero: no se da por el culo a la propia hermana.

—¿Quién dijo eso?

—No lo sé, pero son malos modales. Cuando se tiene una hermana, se le hace chupar la polla si es virgen: se la tira uno si está casada, pero no se goza en su trasero.

—Vamos, levanta el culo, te mueres de ganas.

—¡Chuchito mío, no me lo harás...!

—¡Como si me importara! ¡No basta con que las putas se nieguen, ahora hay que discutir con la propia hermana! ¡Vaya mundo! ¡Levanta culo, te digo, y procura ser complaciente, de lo contrario no me acuesto nunca más contigo!

—¡Bueno, si te pones tan burro, aquí lo tienes!

—Pon la mejilla en la almohada y sepárate las nalgas con las dos manos.

—Mójatela un poco antes, ¡oye!... ¡Oh, no te la has mojado!... ¡Oh, para, me destrozas, cerdo! ¡Uuuuyy! ¡Qué daño me haces!... No te muevas, por favor, estoy sangrando, seguro... ¡Ah! Noto que gozas, ¡menos mal!... ¡Sácala ya!

6 de marzo de 1897

La marrana

—¿Qué? ¿A qué esperas para meterme la polla en el culo?

—Espero a que estés cachonda...

—¡Anda ya! ¿Qué te crees, que estás con una virgen o qué? ¡Guarro mío, si tuviera tantos billetes como pollas han estado en mi depósito de mierda, no me acostaría contigo esta noche, puedes estar seguro!

—¿Crees que podrá entrar?

—¡Si te digo que soy más ancha por detrás que por delante! Entrará como en mi boca. ¡Toma!... Así... ¿Y; me la has metido del todo?

—Creo que sí.

—Haz lo que quieras, ¿sabes? Restriega dentro, come en un coño. No lo tengo sensible. ¡Por suerte, ahora me estás desatascando el tubo!

—Está asquerosamente sucio tu desagüe.

—¡Toma, es cierto! Iba precisamente a cagar cuando te enganché. ¡Gozas, cerdo! ¿Has terminado? Quítate que voy al váter a descargar las espinacas a la crema.

18 de julio de 1897

Carné de baile

—Señorita, ¿me concedería usted su próximo turno de culo?

—Señor, ahora mismo si quiere, no está comprometido.

—¿Le gusta que la enculen, señorita?

—Mucho, señor. Es el más agradable de los bailes, ¿no cree usted?

—¡Sin duda, sobre todo cuando se tiene la suerte de joder un culo como el suyo!

—¿Lo encuentra bonito? ¿Y mi ojete? ¿Sabe?, no lo pinto de negro, ¡ese es su color natural! Un lametazo, por favor.

—¡Oh, si es usted una artista! ¡Esta posición es escultural!

—Es usted demasiado amable, señor... ¿Empezamos?

—Así... ¿No le hago demasiado daño?

—¡Al contrario, estoy empapada!

—Si me atreviera, me tomaría la libertad de masturbarla ligeramente.

—Gracias, pero lo hago siempre yo misma. ¡Ah! ¿Goza usted, querido amigo? Yo también. Es usted un enculador exquisito, no se lo oculto... ¡Hasta pronto!

18 de julio de 1897

Bajo el puente

—¡Chist! Querido... ¿Vienes a pasar un buen rato?... Espera un momento, me lo harás por el otro lado, si te gusta.

—Camina delante, te seguiré.

—Pongámonos aquí, no hay polis. Gracias, eres un encanto, cielo mío. Vete despacio, anda, no me hagas daño, espera a que esté lista.

—No encuentro...

—¡Claro, te equivocas, tontorrón, te vas a mi coño!... Palpa más arriba, con tu dedo... Ahí, ese es el agujero del culo... ¿Lo tengo mojado, lo notas?... Hazlo despacio... ¡Ah, so guarro, ya estás, la punta ya ha pasado!... ¿Notas ahora que ya estás? Pon tus dedos en mi coño... Ya ves, no tengo manías cuando me dejo dar por el culo... ¿Te gusta mi agujero del culo? No es muy estrecho, pero está calentito, ¿no? Sigues teniéndola tiesa.

—¡Tensa bien el culo, por Dios, que me corro!

—Goza, guarro mío, goza bien... ¡Así!... Espera que cague tu leche en el suelo... Después te limpiaré la polla con mi camisa. Está llena de mierda. ¿Lo ves, pillín, qué bien me has enculado?

Un capricho de familia

—¿Cómo? ¿Tú también, hermanita?

—¿Y por qué no? Tú te lo permites, ¿no?

—¡Oh, yo!... Primero, tengo treinta años y tú no tienes más que diecinueve. Que lo hagas tú, ¡me parece tan divertido!

—Estoy casada como tú, tengo dos agujeros como...

—¡Sí, por supuesto!... Pero me diviertes, nena; cuéntame un poco cómo te las arreglas.

—No te burles, me las apañó bastante bien.

—¿Tú a gatas y él detrás?

—Las primeras veces, sí; era más cómodo. Pero ahora lo hacemos con más calma, y por delante, para que nos besemos sin que yo tenga que volverme.

—Explica...

—Me tumbo de espaldas, los muslos doblados hacia mí, el agujero en evidencia. Él me lo unta de vaselina con un dedo y luego mete la polla. ¿Está claro?

—¡Gran cochina!

—Luego, nos dejamos caer a un lado, él coge mi pierna derecha sobre su brazo izquierdo y, entonces, todo ocurre como en vuestro trasero, señora hermana mía.

Habitación de alquiler

—¿Es para dar por el culo?

—Sí... ¿Quieres?

—¡Vaya por Dios! ¡Qué mala pata tengo!

—A ver, nena, ¿qué te ocurre?

—Ocurre..., ocurre que he olvidado mi tarro de pomada encima de la mesita de noche. ¡No lo olvido ni un día! Cuando me di cuenta, quise volver, pero me dije «¡Oh, sería mucha mala suerte que se presentara cliente que me quisiera dar por detrás!», y ya ves, ahora vas y me lo pides tú.

—No temas nada, lo mojaremos. Lo haré despacio.

—¡Oh, aun así! ¿Sabes, tío?, no tengo el ojete con la boca, no trabaja tanto. ¿No quieres una mamadita? ¿Una buena mamada a cámara lenta?

—Te he dicho que no. Quiero tu trasero.

—Entonces, escucha, tengo un truco. Sólo que no asquees.

—¿Cuál es?

—Mira... Cuando era más jovencita, frecuentaba los urinarios, y allí, ya sabes, no se dispone de todo. Entonces, me sonaba en la mano, sin pañuelo, frotaba la polla con aquello, y funcionaba. Eso es. ¿Quieres probarle?

—¿Te lo has inventado tú solita?

—No, me lo enseñó mi mamá.

Pequeña lavandera

—Buenos días, señor, traigo su ropa.

—¡Empieza, pues, a levantar tu camisa antes de contar las mías!

—¡Oh, tiene usted siempre mucha prisa! ¿Es que la lleva siempre tiesa? Siempre le encuentro con la polla preparada. ¡Mire qué dura está!

—Y tú, por lo visto, siempre con el culo mojado.

—¡Hombre, cuando vengo aquí, ya sé qué me espera, y eso hace que me baje la saliva al coño!

—¿Qué veo ahí? ¡Un poco de vello! Pronto tendrás pelos, nenita mía.

—Sí, pero no importa, sigo siendo honrada. No me meta la polla por delante. Sabe, me fío mucho de usted.

—Bueno, bueno, pequeña enculada, haremos como de costumbre.

—Además, eso no me lo hace nadie más que usted; a los otros clientes se la chupo y basta. Con un hombre que no conozco, me daría mucho miedo, imagínese. Cuando le meten a una el rabo en el culo, el virgo no anda lejos.

—¡Como si alguien pudiera desvirgarte! Siempre que te doy por el culo, te agarras los labios del coño...

—Es por miedo a que resbale, señor.

Joven en plena oración

—«*Dios te salve, María, llena eres de gracia...*». Jeannot, ¿serías tan amable de no tocarme el culo mientras rezo mis oraciones de la noche?

—Imposible. ¡Te pones así, en esa posición! No te detengas. Al contrario. Sigue rezando y déjame en paz.

—«*Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...*». Mójate el pito, cabrón, vas a hacerme daño.

—¿Quieres quedarte quieta con las manos juntas y no estirar las nalgas? Ya sabré encularte solo sin tu colaboración.

—Pequeño marrano, me excitas, no puedo rezar.

«*El Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre...*». ¡Ah, marrano, conquie me das por el culo en serio! ¡El fruto de mi propio vientre! ¡Es tu polla!... ¡Ah, cochino!...

—Ya está, no te preocupes. Sigue rezando.

—«*Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores...*». ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Y también me lo frotas por debajo!...

—Estás más empapada que una esponja y no quieres...

—«*Ruega por nosotros, pecadores...*». Tu polla va demasiado hondo... Muévete despacio... Estoy llegando... «*Ahora y en la hora...*». ¡Ah!... ¡Ah!... «*de nuestra muerte...*». ¡Me corro!... ¡Ah!... ¡Ah!...

«*Amén*».

La tortillera enculada

—¡Oh, sí, mientras ella me folla, será buenísimo! ¡Pónmela en el culo!

—¿Estás acostumbrada?

—Sí, tesoro, sí. A mí no me gustan más que dos cosas: la lengua de las chicas en el coño y el rabo de los hombres en el culo. Encúlame, que voy a gozar.

—¿Tengo que mojarla?

—Mójala escupiéndote encima... Anda, rápido... No te equivoques de agujero.

—¿Es aquí?

—¡Claro que sí, es ahí! ¡Empuja, cerdo, empuja!

—¿Ya estoy?

—¡Uf! ¡Qué tío! ¡Sí, ya estás!... Un poco más rápido, Albertine... ¡Ah, no! ¡Un poco más espacio! ¡Para!... Quiero que me tenga bien enculada antes de que me corra.

—¿Hasta el fondo?

—Sí, hasta el fondo... Que sienta tus cojones... ¡Ah, ya los siento! Albertine, mete la mano en mi coño..., cógele la polla..., menéasela... Frótamelo... ¡Ah, y tu lengua, que sigo sintiendo!

—¡Toma, marrana! ¿Lo notas que te estoy regando en el...?

—En el culo..., sí, lo noto... ¡Oh, qué guarros! Bebe mi jugo, Albertine, me corro..., me corro...

Oye, nene...

—Oye, nene, ¿has acabado ya de gozar? Bueno, pues ¿sabes qué se hace cuando se acaba de dar por el culo a una chica? Se le saca la polla del culo. Si tus cojones ya están vacíos, vete a lavarlos.

—No, chata. Se está bien en tu culo; se está calentito. Deja que vuelva a empezar.

—¿Dos polvos sin sacarla? ¡Mierda, qué ancha me voy a quedar!

En la almohada

—Querida, ven a cagar.

—En la cama, no.

—Sí, en la cama, encima de la almohada, ¡me gusta tanto tu mierda! Quiero apoyar luego mi mejilla, quiero dormir encima...

—Cagaré blando, te aviso...

—¡Mejor, me embadurnaré el pelo!

—Ya estoy colocada, ¿así?

—Inclina más el cuerpo para que vea cómo lo haces. ¡Oh, qué monada de ojetel!

—Lame un poco...

—Toma..., toma... Caga ahora...

—La señora está servida.

—¡Santo cielo, cuánta hay! Como para pintar toda la cama de marrón, si quisiera...

—Disfruto cuando cago, aunque no me creas.

—Mira lo que has hecho.

—Come un poco, a ver si me quieres...

—¿Ves cómo te quiero? Mira, tengo la boca llena.

—Embadúrnete el pelo, como habías dicho.

—Me froto en ella, chapoteo en ella. La pongo en mis brazos...

—¡Uf, qué mal hueles ahora! ¡Cuánto te adoro!

11 de junio de 1895

En las manos

- ¡Adelante!
- Buenos días, querida.
- Buenos días, culo adorado. ¿Vienes a hacer tu mierdecita?
- ¡Claro que sí! ¡No habrás cagado, espero!
- No, loba mía, te he esperado.
- ¿Cómo estará?
- Blanda. ¿Y la tuya?
- Cuento con un buen cagarro esta mañana.
- ¿Largo como una polla?
- Largo como una polla.
- Baja el culo, házmelo en la mano.
- Empujo. ¡Ya está! ¿Le ves la punta?
- Sí. ¡Qué hermoso es! ¡Y largo! ¡Y grasiento!
- Ya lo tienes entero. Ponlo en el plato.
- Me toca a mí, ya no aguanto más.
- Caga, loba mía, caga rápido. ¡Oh, qué líquida está! Toda amarilla con barro marrón, como chocolate en una yema de huevo. Aguanta un poco, querida, tengo las manos llenas, me resbala por entre los dedos, voy a manchar la alfombra.

14 de abril de 1894

En el cuerpo

—Ponte de rodillas y levanta el culo para que pueda meterte la cánula.

—Lámeme el ojeté antes; entrará mejor.

—Toma..., toma... ¿Basta?

—Sí, pon la cánula y abre el grifo.

—Ya está... ¿No está demasiado caliente?

—Quema, pero me gusta... Gozaría sin tocarme cuando me aplico una lavativa.

—Ya está, se ha terminado. Aguanta un momento.

—No puedo..., tengo que cagar ahora mismo... Acuéstate si quieres recibirla.

—En las tetas, primero... En la izquierda.

—¿Puedo soltarlo todo?

—Sí.

—Toma..., ¡todo para ti!

—¡Oh, qué verde está! ¡Está lleno de mierda, amor mío, y calentito como zumo de coño!... ¡Ah, un cagajón!... ¡Voy a metérmelo en la raja, así me perfumará!... Adelántate un poco..., házmelo en el vientre... ¡Oh!... ¡Más!... ¡Más!... ¡En mi capullito!... ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Gozo, cielo mío, me corro!

19 de abril de 1895

En la puerta

—¿Sophie? ¿La morena gorda que trabaja enfrente?

—¡Sí! Escúchame que te cuento. Era hoy por la mañana, a las cinco. Me había levantado para ir al taller y me estaba cepillando el pelo cuando oigo un ruido detrás de la puerta que parecía un pedo. Abro corriendo y ¿qué veo? ¡Sophie, las faldas al aire, cagando en la puerta de mi casa!

—¡Joder! ¡Qué cara tiene!

—Me hubiera gustado verte allí. Tenía todavía un cagajón, largo como un palo de escoba, que le colgaba del agujero del culo. Apestaba como una docena de tigres... ¡Ah, la muy zorra! Quiso levantarse, pero yo le di por detrás una patada en sus partes. ¡Tenías que haberla oído aullar! Entonces han salido las vecinas del rellano, yo les he enseñado cómo aquella cerda había venido a vaciar sus tripas en mi puerta sólo porque había consentido en comerle el culo un día, nos hemos puesto a gatas y hemos metido el morro en su caca, igual que lo que se hace con los coños. ¡Jo, qué hartón de reír, chica!

Buenas amigas

—Nini, ven aquí que charlemos un poco.
¿Quieres beber leche del hombre que te gusta?

—¿De Julien?

—Sí, leche de Julien, leche de su polla, leche de sus huevos, ¿quieres?

—Sí, quiero. ¿Dónde está Julien?

—No la tiene él, la tengo yo... Óyeme, nena, ya sabes que, si me acuesto con él, no es para hacerte una mala jugada. Es él quien me avasalla, y no tengo más remedio que dejarme follar; pero no lo hago con mala intención. La prueba es que, ahora que tengo su leche, te la regalo a ti, si quieres.

—¿Dónde la tienes?

—En el culo, detrás.

—¡Oh, marrana! Te dejas dar por el culo, ¡por eso se pone cachondo contigo! A mí, el único día que me metió mano, quiso hacerlo por ahí, pero yo quería por delante, y él se marchó... Cuéntame, ¿cuánto tiempo hace que te ha dado por el culo?

—Pues ahora mismo, ahí, en el pasillo. Date prisa, que estoy apretando el culo para que no salga.

—¡Oh, cágamelo enseguida, anda, mientras aún está calentita! Tengo que probar para saber a qué sabe. Pon el culo en mi boca, así... ¡Empuja!... ¡Todo! ¡Ah, todo!

Deplorable accidente

—¡Oh! ¿Sabes? ¡He estado a punto de que me despidieran!

—¿A punto de que te despidieran? ¿Te han sorprendido con la señora?

—¿Sorprender? ¿Crees tú que tengo doce años? Yo ya tengo veintidós años, querida, y no me dejo sorprender.

—Entonces, ¿qué?

—El señor se había ido a defender un caso en Toulouse. Entonces, el señor Léon pasó la noche con la señora, como suele hacer, y yo estaba allí, en su cama. A la señora, a quien no le gustan los rabos, hay que pasearle la lengua por el culo para que se deje follar, ya lo sabes... Echaron dos polvos y la señora no gozó ni seis gotas. Entonces, el señor Léon, como queriendo inventar algo, se rascó los huevos y dijo: «¿Sabes qué podemos hacer? Yo te daré por el culo mientras Marie te hace cositas por debajo».

—¡Ah, qué cabrón!

—Ella dijo: «No me atrevo. Házselo primero a Marie para ver cómo es». A mí me importaba un comino; imagínate, mi virgo de atrás queda tan lejos como el otro. Hice un 69 con la señora, yo encima. Él me enculó despacito, y la señora gritaba: «¡No goces dentro de ella! ¡Guárdalo todo para mí!». Pero, fíjate que cosas, él se dio cuenta de que estaba llegando y me sacó la polla de un golpe, como si fuera un tapón de champán. ¡Y

toda la mierda que llevaba en las tripas cayó en la
jeta de la señora! ¡Jo, cómo apestaba la tía! ¡Si la
hubieras visto!

Cágame en la polla

—¡Y pensar que eres mi hermana y que haces todo eso! ¡Ah, Marie, qué asco me das!

—¡Anda ya! ¡Y todavía no sabes lo más guarro!

—¿Qué me irás a decir...?

—Tengo un viejo cliente que no viene a joder hasta mediodía. Me despierta cuando estoy todavía acostada con la chica con la que me entiendo, esa judía maciza a quien le como el culo...

—¡Oh, cállate!

—Cuando viene, mi chica se levanta de la cama, él se pone en su lugar, aún calentito, me mete el dedo en el culo y me dice: «Putá, ¿tienes ganas de cagar?». Yo le digo: «Sí». Él me contesta: «Cágame en la polla».

—Cállate, Marie, de lo contrario vomitaré.

—¡Vomita, pues, nena, no te molestes! Él me dice: «Cágame en la polla». Nos ponemos en la taza del váter, eso le encandila; le suelto todo mi chocolate en la punta de la polla, se la extiendo con la mano...

—¡Ah, qué guarra, qué guarra!

—Y, cuando tiene la polla enmierdada de arriba abajo, parecida a un cagajón de virgen, me la mete en el agujero del culo. ¡Deberías ver cómo entra! ¡A que tú no haces eso, nena, a que no sabes este truco, a que no!

En los pelos

—¡Pipí!

—¿Qué dices?

—Quiero hacer pipí.

—Pequeña cochina, ¿cuándo dejarás de levantarte la falda y enseñar el coño?

—Pon ahí el orinal.

—Está lleno. Mea en el cubo.

—¡No! Quiero hacer pipí encima de ti, Nini, como lo hace Rose.

—¿Qué dices ahora?

—Sí, te he visto esta noche, en el cuarto de baño; estabas por el suelo, desnuda; Rose estaba encima de ti y tú le decías: «Mea, gorda, méame en los pelos, que luego te mearé yo también».

—¡Desgraciada, no se lo digas a la señora, si no, nos echará!

—Bueno, pues si no quieres que se lo diga, déjame que yo te lo haga.

—Toma, amor mío, diviértete. ¡De todos modos, me harás gozar como cualquier otra!

8 de junio de 1897

En la boca

—Entonces, ¿qué vamos a hacer antes de separarnos? Ya no puedo más, ¿sabes? Ya va la sexta vez que me corro y estoy débil, a punto de encontrarme mal...

—Tengo una idea, pero seguro que tú no quieres.

—¿Qué sabrás tú? Seguro que se trata de otra marranada.

—¡Oh, llámala como quieras!... A mí no me lo parece en absoluto. Pero a ti te lo parecerá, ¡eres tan carca!

—Dímelo de una vez, gran cochina.

—¿Nunca has hecho pipí en la boca de una chica?

—¡Oh, qué horror!

—Pues vas a hacérmelo. ¡Qué se le va a hacer! ¡Tú has querido que te lo diga! Ya está, lo harás.

—¡Sucia, cochina! ¿Quieres callarte?

—Tápame la boca con tu coño. Ponte bien de rodillas; no, mejor en cuclillas. Pon el agujero encima de mis labios. Así. Suéltalo todo ahora, pero despacito: si no, me atraganto.

—¿Y beberás lo que suelte?

—Como si fuera champán.

—Me harás lo mismo después. Quiero probar el tuyo.

7 de enero de 1899

Profesional

—Vengo de parte de su amiga Blanche. ¿Le ha explicado lo que deseo?

—Sí, señora. Lo sé.

—¿Y está dispuesta?

—¡Claro que sí, señora! ¿Por qué no iba a estarlo? Blanche es muy torpe; a una mujer tan guapa como usted, no se le puede negar nada.

—¿Lo hace usted a menudo?

—No. No crea que se hace todo a todo el mundo. Digo que sí porque se trata de usted. Sígame al cuarto de baño. Desnúdese enseguida... Así. ¿Es en mi boca dónde quiere hacerlo?

—¡Sí, marrana, en tu cara!

—Entonces, me pongo el gorro. Ya está, ya puede hacerlo. ¿Tiene ganas?

—Hace cinco horas que me retengo. ¡Ah, toma!... ¡Toma!... Lo suelto todo...

—Agáchate un poco más para que te chupe, verás cómo te hago mear tanto blanco como amarillo.

Fin de una noche lesbiana

—¡Ah, amor mío, he gozado demasiado esta vez, ya no puedo moverme!... Quédate encima, ¡es tan bueno sentirte desnuda encima de mi cuerpo desnudo! Estás sudando; yo también. Tus grandes tetas... están empapadas... No, no frotes ya tu coño contra el mío. Descansa tranquila, desnuda sobre mi cuerpo desnudo.

—Tengo que levantarme.

—¡Oh, no! ¿Por qué?

—Tengo ganas de hacer pipí.

—Aguántalo.

—Ya no puedo más.

—¿Es cierto? Entonces, mea donde estás.

—Pero ¿qué dices? ¡Sucia, más que sucia! ¿Tú quieres?

—Sí. Méame en el coño, prefiero eso a que te vayas.

—Te empaparé... y la cama también.

—Tanto mejor... ¡Ah, meas!... ¡Ah, qué caliente está! ¡Qué bueno es!... Mea más fuerte... Méalo todo... Es una delicia... Noto que me corre por la barriga, los muslos, por todo el coño... ¡Ah, querida!

En los cojones

—Che, oíme: te voy a *haser* una cosa que ni una mujer *hase* en *Fransia*; una cosa que aprendí en mi país.

—¿Y cuál es tu país?

—Soy de Buenos Aires. Las putas allá son más chanchas que las parisinas.

—¿Y qué quieres hacerme?

—Vas a ver. Encúlame como un potro, y, cuando estés bien en el fondo te mearé en las bolas.

—¿Lo has hecho muchas veces en tu país?

—¡Ah, sí! ¡Vas a ver qué rico es el pis! Es calentito, ayuda a acabar. Ahora me vinieron unas ganas de mear que me hacen picar la concha. ¡Encúlame, así, bravo! Ahora quédate en el fondo; y ahora mira cómo te agarro las bolas con la mano, y meo, meo, meo...

—¡Ah, so guarra, me haces correr demasiado aprisa!

—¿*Gosas*, mi vida? Meé una escupidera entera. Cuando quieras *empesar* de vuelta otro día, pregunta por *Mersedes*.

El cuento de la reina

—Mamá, cuéntame un cuento.

—Había una vez una reina que era muy infeliz porque durante una grave enfermedad había hecho el juramento de no volver a hacer nunca más un sesenta y nueve.

—¡Oh, tú nunca habrías sido capaz de jurar una cosa así! ¿No crees, mamá?

—Entonces, invocó a un hada buena y le dijo que su boca tenía muchas ganas de chupar la polla del rey y que su coño tenía muchas ganas de ser lamido por la lengua del rey. Le preguntó cómo podría saltarse el voto sin violarlo.

—No me extraña, debía estar que escocía.

—Entonces el hada dijo a la reina: «Frótese la boca y el coño con el ungüento que voy a darle; su boca se volverá coño y su coño se volverá boca. Así, en la posición normal, usted chupará y será chupada».

—Pues yo me habría frotado sólo la boca. Otro coño nunca está de más.

—Es lo que hizo. Lo has adivinado.

24 de agosto de 1894

La madre complaciente

—¡Juliette!

—¿Mamá?

—¿Todavía no duermes?

—No. Me estoy masturbando.

—¿Todavía no has gozado?

—No, mamá, estoy empezando.

—Entonces, ven a masturbarte en mi boca y procura descargar mucho; tengo ganas de beber tu jugo.

—Mamá, ¿no quieres lamerme?

—¿Otra vez?

—Es que me correría más y, además, así no me irritaría.

—¡Anda, ven a colocarte!

—¡Ah, qué buena eres! ¡Tengo tantas ganas! Ya verás, con el primer lengüetazo me correré como una fuente.

—¿Y qué tengo que hacerte al mismo tiempo? Dímelo.

—Ya lo sabes, mamá. Méteme el dedo en el culo.

14 de abril de 1894

El arte de ser madre

—Debería usted aceptar, amiga mía. ¡Tanta pasta no se rechaza!

—Pero, pobre chica, no tiene más que nueve años y medio. ¡Me la destrozará!

—¡Vaya por Dios! No diga eso. ¡Él está acostumbrado! Mire, voy a contárselo todo, me fío de usted. ¿Sabe a cuántas le he llevado desde el principio del invierno, yo, aquí dónde me ve?

—¿Niñas?

—Catorce le he facilitado. Y, ¿sabe?, sin pelos ni tetas; si no, no quiere. Pues ni una sola me volvió herida. Como se lo digo, es un hombre que tiene tacto. Cuando son demasiado estrechas, las toma de otra forma.

—¿Cómo?

—¡Oh, si su Nini recibe un poco de salsa en la boca, pierda cuidado, que no se envenenará!

—Es asqueroso, de todos modos, empezar tan joven.

—¡Dios mío, vale más a los nueve que a los dieciséis! Cuanto antes traiga dinero a casa, más la querrá usted, ya lo verá. Además, tiene unos ojitos tan perversos... La gente quedará satisfecha. Yo le traeré aficionados, pierda cuidado.

Las adivinanzas

—Juguemos a las adivinanzas, mamá. La que pierda se lo chupará a la otra.

—Bueno. ¿Qué es una cabeza ciega que tiene pelo, una boca y una nariz, que come carne y bebe leche, que mea amarillo y que caga líquido, y que escupe sangre cada cuatro semanas?

—El coño, mamá.

—¿Qué es la estrella negra que se vuelve pulsera roja, que brilla entre dos quesos y que fabrica embutidos, bolitas de chocolate o crema de café?

—Es el agujero del culo, mamá.

—¿Qué es...?

—Es la polla, mamá. Estoy segura de que será la polla. ¡Chúpamelo, va!

—Pero ¿tú qué sabes?

—¡Sí, lo he adivinado! ¡Chúpame el coño, sé buena, chúpamelo!

24 de agosto de 1899

El capullito de Finette

—Acércate, Finette, enséñale a la señora Clémence qué gordo tienes el capullito. Vamos, no pongas esa cara, abre las patas... Mire eso, querida, ¿no lo encuentra extraordinario?

—¡Caray! ¡Qué sorpresa! ¡Esa pillina, lo tiene más gordo que yo!

—¡Y sólo tiene doce años! Ni un pelo; puede verlo. Para una niña, es un chollo tenerlo así.

—¿Y cómo se ha dado cuenta?

—¿Quieres que se lo cuente, Fifi? ¡Qué más da! Ella se lo imagina. Pues bien, querida amiga, ya sabe qué ocurre, hay niñas más cachondas que otras. Esta parece tener fuego entre las piernas. No hace más que hacerse pajas de la noche a la mañana. Es gracioso mirarla a veces. No le importa un rábano que yo esté ahí. Lo único que la sorprende es que yo no haga lo mismo. Ya le digo, no hay otra tan cochina como ella.

—Quisiera preguntarle...

—Que lo haga ahora, ¿no es así? Es fácil. ¡Anda, Finette! Ya está, ¡mire cómo se pone!

31 de diciembre de 1899

Las niñas se divierten

—¡Madre mía! ¡Ya están cagando otra vez en la boca! ¡Ah, qué guarras son estas niñas! ¡Qué furia hay que tener en el culo para ir a tragar caca caliente del trasero de tu propia hermana! ¡Habrased visto, vaya porquerías!... Pero ¿qué le habré hecho yo a Dios para tener semejantes putas?... Y además no se incomodan en absoluto, como si no estuviéramos aquí... Zélie, ¿quieres levantarte de una vez por todas?

—¡Cierra el pico!... Espera a que termine.

—¿Cómo? ¡Conque esas tenemos! Cuando te cojo con el culo encima de la nariz de tu hermana, ¿lo único que se te ocurre decirme es «Espera a que termine»?

—Tengo ganas todavía... Empujo... Mira, cuando juego, no hago trampas, cago todo lo que llevo en el vientre. Ella me hizo lo mismo...

—¡Atrévete a repetirlo, asquerosa niña!

—Te digo que ella me gratificó con un paquete de mierda en la boca que apenas podía tragar, y, además, tres cagajoncitos... ¡Hop! Aquí va el último que pasa por el agujero del culo. Ahora ya puedes hablar, mamá, te escucho, pero no te enrolles demasiado.

El domingo en los suburbios

—¡Ah, mamá, nos lo pasamos bomba en Poissy! ¡Tengo leche por toda la camisa!

—¡Marie, por favor! ¡No digas eso delante de una hermanita!

—¡Que se lo frote si se pone cachonda! Ya se rasca bastante para nada. Esta vez, al menos, será para algo Fíjate bien cuando me levanto la falda, Fifi, cuánta leche tengo en los pelos.

—¡Marie! ¿Cómo puedes hablar así delante de una niña?

—Léon me folló tres veces, Arthur cinco, Gustave dos y Marcel cuatro... Estuvo muy bien... No sé cuántas veces he gozado... Además, alguno me dio la vuelta.

—¡Hija mía, un poco de pudor! ¡Por piedad, por la pequeña!

—Me encularon como a una perra. Yo estaba borracha, me parecía una marranada... A veces tenía a dos, uno delante y otro detrás, que me follaban por los dos agujeros... ¡Y yo me corría! ¡Ah, Fifi, si me hubieras visto el culo!

—¡Mira a tu hermana! ¿Lo ves? ¡Ya está, se está tocando! ¿Es que no tienes vergüenza, Marie? ¡Marie, te lo ruego!

—A veces, mientras me daban por el culo, una de las chicas me lamía, y era aún mejor. Frótatelo bien, nena, te toca a ti gozar. Me comí el culo de todas las chicas, chupé la polla de todos los chicos. ¡Ah, mamá, qué día tan estupendo! ¡Nos lo

pasamos bomba en Poissy!

Nini prefiere una polla

—¡Mamá, tengo ganas!

—¿Ganas de qué, tesoro mío?

—Ganas de joder.

—Bien sabes que aquí no hay hombres por la tarde. Espera a esta noche, encanto. Podrás elegir.

—No puedo esperar. El culo me escuece.

—Bueno, levántate la falda que te lo froto. Eso te aliviará un poco.

—No tengo ganas de tu dedo. Tengo ganas de una polla.

—¡Pobre hija mía! ¡Si tuviera una polla debajo de la falda, no tendrías que esperar ni un segundo para que te la enfilara en el culo! Pero ya sabes que no tengo. Entonces, ¿qué quieres? ¿Qué te chupe? Ponte al borde de la cama. Un buen lengüetazo no cuesta nada.

—No tengo ganas de tu lengua. Tengo ganas de una polla.

—¡Oh, cómo te gusta llevarme la contraria, querida Nini! No hay pollas aquí, y no puedo hacerte una.

—Está León, que tiene una muy bonita...

—¿Cómo? ¿Todo eso para estar con León? Tan pronto por la mañana no es muy sensato. Pero, en fin, ve a verlo, amor mío. Échate un buen polvo y vuelve.

Instrucciones maternas

—Dioline, ya no tengo nada para comer mañana. Ve dos horitas al muelle a ver qué sacas.

—Bien, mamá.

—¡Y ojo con dejarte follar por jovencitos! Si te mando a la calle no es para que te diviertas, sino para que traigas pasta.

—Sí, mamá.

—Vigila a ver si hay polis. Cuando te cruces con un tío, le dices: «Señor, no tengo pelos, ¿quiere pasar un buen rato?». Lo llevas detrás de un almacén, te dejas achuchar tranquilamente la raja, te dejas que te metan el dedo dentro y lo demás. Luego, cuando veas que la tiene tiesa, le haces pagar por adelantado.

—Sí, mamá.

—Después, se la chupas bien chupada y, sobre todo, que goce en tu boca. ¡Pobre de ti si le obligas a correrse fuera! Si alguien viene a quejarse, te pegaré una hostia con la pala de lavar.

—¡No, mamá! ¡Eso no! ¡La chuparé bien!

—Si el tío prefiere joder, que lo haga por el culo.

—Sí, mamá, como de costumbre.

La madre y la rufiana

—¿Qué, señora Balanchon, ya no encuentra ningún viejo para mi pequeña Nestine? ¡Una niña tan complaciente, que se deja dar por el culo como usted y yo!

—¿Una chiquilla que se deja dar por el culo? ¡Ah, señora Minet, eso era raro en nuestros tiempos! Yo, cuando daba mi culo, era la única que lo hacía en todo el barrio. Ahora lo hacen todas. ¡Se lo digo yo! Desde el retorno de las Cámaras, he vendido a más de sesenta niñas. Había alguna virgen por delante; ninguna por detrás. Así estamos en los tiempos que corren, señora Minet.

—Sí, pero hay culos y culos, señora mía. El culo de la mía es rosado, parece la cabeza de un ángel. ¡Y hay que ver cómo lo da! Una vez trajo a casa un cliente... ¡Oh, no ocurre todos los días! A mí no me gusta, por aquello de las responsabilidades... Pero, en fin, un día se lo hizo hacer en mi cama. ¡Si hubiese visto qué dulzura, señora! ¡Qué complacencia! Puso su cabeza en la almohada y abría ella misma las nalgas para que él la metiera más hondo. ¡Pobre angelito mío!

—Por quinientos pavos le consigo un cliente. ¡Pero no más!

—Bueno, se la alquilo por quinientos pavos.

—Entonces, úntele el agujero. Le traigo a un aficionado.

Está mal chupársela al propio padre

—Cécile, tenemos que hablar. No te suelto muchas broncas, pero ayer noche estuve a punto de hacerlo.

—¿Por?

—¡Porque te encontré chupándosela a tu padre, pequeña asquerosa! Casi lloré cuando te vi.

—¡Oh, no hay para tanto! ¿Y Bertine? ¿No se la chupa ella a su padre? ¿Y Lolotte, que lo hace continuamente? ¿Y Mimi, que la desvirgó su propio padre?...

—¿Y de esas hijas de puta vas a tomar ejemplo? El asunto es que te he visto en la cama: tenías su polla en la boca, él te sobaba el culo para excitarse, ¡y no paraste cuando me viste! ¡Él se corrió dentro, so guarra! Ayer me acosté sin joder, por tu culpa.

—¡Oh, por una noche que no te la mete, bien podrías frotártelo tú solita!

—¿Frotármelo? ¡Procura ser más educada! Vale para criaturas como tú rascarse el culo tres veces al día, pero yo tengo treinta y cinco años, tengo edad de follar... Sí, ¡ya veremos si te parece tan divertido dentro de veinte años, nena, cuando veas que has parido a una hija para que le coma el rabo a tu hombre!

Tiempos modernos

—Ninie, ten cuidado; si no empiezas a portarte bien, puede que te quedes para vestir santos.

—Me importa un huevo. Primero que no quiero casarme y segundo que quiero ser puta.

—¡Sólo nos faltaba eso!

—¿Por qué tendría que tener siempre la misma picha en la boca? Cuando se la he chupado un par de veces al mismo chico, prefiero cambiar de leche.

—¡Oh, Ninie, hijita mía!

—Ya verás: cuando tenga unas bonitas tetas, iré a trabajar a una elegante casa de putas, donde me rizarán el pelo y también los pelos del culo, como a Bertine. Tendré una bonita bata de seda roja que levantaré para enseñar el coño, y me dejaré follar, sobar, encular, se la menearé a los tíos entre las tetas, les chuparé la piel de los cojones y les meteré la lengua por el culo.

—Si un día llegas a hacer semejantes guarradas, cuídate mucho de volver a besarme en la boca.

—¿En la boca? No beso a las mujeres en la boca, yo las beso más abajo, en los labios del coño.

Diez años

—¡En, rana, chinche, gusano, babosa, extracto de polla, pelo de urinario, coño de agujero de pito, restos de bidé, chufo sin pelo, cagomentodo, baba de coño, tetas poco crecidas, mierda mal cagada, comemierda, culo blanco! ¡Súbete a un taburete, que me comerás el culo, a ver si hay chocolate!

—Sigue hablando, ya veremos.

—¡Vete a cagar! ¡Los cagaderos están vacíos! Cuando tengas pelo entre los jamones, volverás a dar la lata a la gente.

—¡Maldito asqueroso! ¡Si tuviera pelo en el culo, no te burlarías de mí, marrano! Espera a que tenga doce años, ¡entonces te mandaré a mi chulo!

—¡Basta! Lárgate o te doy por el culo.

—¿Esto es lo único que me vas a pagar? ¿Dos billetes por pringarme la jeta? Me has colocado un paquete en el estómago que estaré echando eructos hasta mañana, y, cuando una ha terminado de sorber, le tiran dos billetes y un pedo. ¡Qué mala suerte!

16 de abril de 1899

Vamos a jugar a putas

—Ven, Fifine, vamos a jugar a putas.

—Vale. Yo hago de tío. Abórdame.

—¡Eh, escúchame, hombre de mi vida!

—¡Oh, la muy marrana! ¿Qué me vas a hacer?

—No se hace así cuando te abordan. Debes decir: «¡Vete a cagar, o te doy por el culo!».

—Entonces: «¡Vete a cagar, o te doy por el culo!».

—Si quieres, tío, vamos allí, a aquella obra, y me la metes en el culo...

—¡Oh, eso me encantaría!

—No se dice así. Se dice: «¡Qué podrida tienes que estar para follar por el agujero de la mierda, eh, zorra!». Entonces, yo te contesto: «No, querido. Estoy muy limpia y muy sana; ven a ver qué rosado está mi coño».

—Si hablas tú todo el rato, ya no podemos jugar...

—Pero ¡es que lo haces muy mal!

—¡Toma, es que mi madre no es puta!

—Eso es lo malo. ¡Las tías que trabajan con el culo son menos gilipollas que las otras! ¡No lo olvides!

«Mamá, me llevo a Zizi a dar un paseo»

—Entonces, cada vez que tu hermana mayor se acuesta con su amiguito, ¿tú también estás en la cama?

—Sí, claro, desde hace seis meses.

—¿Y te follan a ti también?

—No; no lo entiendes. Mira, Madeleine dice: «Mamá, hace buen tiempo, me llevo a Zizi a dar un paseo»; y luego, en vez de pasearnos, vamos a casa de Julot y nos ponemos en pelotas los tres. Es divertido ver cómo se le pone tiesa; a ese tío, en cuanto le toca el culo a Madeleine, se le pone la polla dura como un palo.

—Y tú, ¿qué?

—Espera, ya verás. Se tumban en medio de la cama y se echan un polvo en plan tranquilo, ¿sabes?, así, de lado. Yo coloco la cabeza cerca del culo de Madeleine y veo cómo se mueve la polla, arriba y abajo...

—¡Marrana!

—¡Marrana lo será Madeleine! ¡Dale que dale! ¡Si lo vieras! ¡Con todo el líquido goteándole por el coño! Sólo que Julot no puede correrse dentro para no preñarla; entonces, cuando ella acaba de gozar, él quita rápido la polla y yo me la pongo en la boca, ¡y dale! ¡Toda la leche que él suelta, me la trago yo... y así, unas cinco o seis veces en una tarde!

En los descampados

—¿Y a mí, por qué no me lo haces nunca, Julot, como a las otras niñas?

—¿El qué?

—Pilila

pan-pan

en el agujero del culo.

—No me dice nada contigo.

—¿Por? Mi ojete es redondito. Mira, parece un albaricoque, bien rajadito, bien firme, bien macizo. ¡No le falta más que tu polla!

—¡Cierra el pico, mocosa! ¡Eres asquerosa! Tienes el desagüe lleno de mermelada, ¿no es así, so mugrienta?

—Eso no es nada; está todo seco, no he cagado en todo el día. Mira, ya se va, sólo rascando con la uña. ¿Lo ves ahora, mi ojete? Le he quitado lo que había enganchado ahí. ¿Todavía no está limpio? Espera, meo en las bragas y me lavo el culo. ¡Aprecia, Julot, qué rosadito y bonito ha quedado!

—Sigue sin decirme nada... Tienes el pelo cortado. Titine. Por detrás, me parecería estar dando por el culo a un tío. Eso me destrempa.

—¡Mierda! ¡Eres tú el que me enfría! ¡Un tío! ¡Mírame el coño, anda, míramelo bien! ¿Acaso has visto a algún tío con dos agujeros, eh? ¡Imbécil! ¡Si no sabes lo que es un coño, lo más probable es que no lo hayas visto nunca!

La hermana mayor, que está en un prostíbulo

—¿Es tu hermana, Charlotte, la que está en un prostíbulo cerca de la Ópera?

—Sí, vino ayer a vernos.

—¡Oh, dime, cuéntame! ¡Cuántos amigos debe de tener! ¡Qué suerte tiene!

—¡Imagínate! ¡Unos sesenta a la semana!

—¿Y qué hacen con ella?

—Ella les mete la lengua en el culo. Luego, les hace una mamada.

—¿A todos les hace una mamada?

—Sí, menos a los que les gusta más dar por el culo.

—¡Oh! Entonces, ¿se deja follar por el ojete?

—Hay que hacerlo, todas las noches una o dos veces, es lo que más dinero da. Los enculadores piden todos por ella, porque se lo deja hacer muy bien.

—¿Y cuántas veces al día se la follan?

—¡Uy, qué niña eres! ¡No se la follan nunca! ¡Cuando se va a una casa de putas, no se va para joder!

—¡Ah!... ¿Y cómo se corre ella?

—Pues tiene a una amigueta, una morena muy guapa que se llama Sarah. Cuando acaba su jornada, mi hermana y Sarah se comen el coño. Es mejor que hacer el amor.

Más celo que capacidades

—Te levantas la falda muy aprisa. ¿Hace mucho que ejerces, pequeña asquerosa?

—Hace sólo dos meses, señor, pero lo hago bien.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez años y medio.

—La mujer que vigila allá, ¿es tu madre?

—No, señor, es una que vive en la escalera.

—¿Te han desvirgado? Sí, lo noto.

—¡Oh, sí señor! Agáchese que le meto el pito.

—¡Desgraciada! ¡Si cuando te meto el dedo ya toco fondo! ¿Cómo quieres que te meta el pito?

—Entonces, la punta sólo; será suficiente para gozar.

—Déjame metértelo por el culo; así llegará más lejos.

—¡Oh, me hará usted sangrar y papá me pegará!

—¡Anda! ¡Date la vuelta, separa las nalgas! Lo haré despacio, no temas.

—Entonces, espere a que se lo moje.

—Vale. Basta de escupitajos. Dame el culo.

—Despacito, no vaya aprisa, señor, no vaya aprisa... ¡Huy! ¡Ya está!

—¿Quieres dejar de gritar? ¡Va a venir la poli!

—No grito, señor, pero me hace daño... ¡Córrase rápido! ¡Uf!

—¡Cállate! Ya he terminado. Tengo la polla llena de mierda. Límpiamela.

—En mi camisa, no, señor; mejor por debajo de la falda, que no se notará.

Me hago pajas

—¿Qué le hiciste a Nestine, dime, Julot, que ayer por la noche tenía un aspecto tan sucio cuando salía del descampado?

—Eres demasiado tonta para que te lo diga. No quieres ni enseñar el coño.

—No quiero delante de los chicos, pero a ti solo no me importaría. Pon la mano, no te la morderá.

—¿Cómo va a tener dientes si no tiene ni pelos?

—¡Ey! No metas el dedo, Julot, que soy virgen todavía.

—¡Vaya! Tienes el capullito muy grande.

—Es que me lo froto mucho... Entonces, ¿qué le hiciste a Nestine? Anda, dilo, Julot. Salió después de estar contigo con la mano agarrándose el coño por encima de las faldas.

Manual de urbanidad para jovencitas

De utilidad en instituciones Educativas

Glosario

Hemos considerado inútil explicar las palabras: *raja, coño, pipa, capullo, picha, rabo, cola, polla, joder, leche, empalmarse, menearse, chupar, lamer, bombear, follar, empinarse, enfiar, encoñar, encular, correrse, consolador, tortillera, vagina, sesenta y nueve, chocho, chochito, puta, burdel.*

Estos términos son familiares a todas las jovencitas.

En la habitación

Si le sorprenden completamente desnuda, ponga púdicamente una mano sobre su rostro y la otra sobre su coño; pero nunca haga burlas con la primera ni se lo menee con la segunda.

No orine en la caldera. Vaya al cuarto de baño.

No cuelgue consoladores en la pila de agua bendita de su cama. Esas cosas se guardan bajo la almohada.

En casa

No se asome al balcón para escupir a los transeúntes; sobre todo si tiene semen en la boca.

No orine en el escalón más alto de la escalera para hacer una cascada.

Si no está completamente segura de que su coño no tiene viruela, no meta un consolador en la boca de un bebé para que mame la leche que queda en los cojones de goma.

En la cocina

Cuando use un plátano para divertirse sola o para hacer gozar a la criada, no lo vuelva a poner en el frutero sin haberlo limpiado cuidadosamente.

No se la menee a todos sus amiguitos en una jarra de limonada, incluso si le parece que el refresco estará mejor condimentado con leche fresca. Los invitados de su señor padre podrían no compartir sus gustos.

Si vacía a escondidas la mitad de una botella de champán, no orine dentro para rellenarla.

No insinúe al criado que se folle el culo de un pollo cocido sin haberse asegurado por sí misma de que el criado está sano.

No se cague en la crema de chocolate incluso si, por encontrarse castigada sin postre, está segura de no comerla.

En la mesa

Si se le preguntan qué bebe usted en las comidas, no responda: «Sólo leche».

No meta y saque de su boca un espárrago mientras mira lánguidamente al joven que quiere seducir.

No lama un albaricoque partido en tanto que guiña a la lesbiana más célebre de la reunión.

No coja dos mandarinas a fin de añadirle unos cojones al plátano.

Si se la menea a su vecino bajo su servilleta, hágalo tan discretamente que nadie se dé cuenta.

Si su amiguita actual está sentada frente a usted, no le monte una escena de celos por encima de la mesa.

Cuando una persona mayor cuenta una historia verde que las jovencitas no deben comprender, no se ponga a gritar como si se estuviera corriendo; incluso si la narración la excita muchísimo.

Si encuentra un cabello sospechoso en su plato, no diga: *¡Qué bien, un pelo del culo!*

No esconda un consolador en el frutero para que las chicas se rían a la hora del postre.

Cuando le sirvan plátanos, no se guarde el más gordo en el bolsillo. Esto haría sonreír a los señores y, posiblemente, hasta a las jovencitas.

Si es aún impúber, no se aplaste entre las piernas un puñado de fresas y a continuación vaya a enseñarle a todo el mundo que ya tiene la regla.

Es de muy mal gusto poner bajo la servilleta de una señorita —y en lugar del panecillo— un consolador.

Juegos y diversiones

Nunca pida permiso a una señora para irse a holgar con su hija. Diga «jugar», que es más decente.

No invite a sus amiguitas a pescar pececillos de flujo en el bidet de su señora madre cuando jueguen a las comiditas.

Para echar a suertes, no le pida a una niña que se corte cinco o seis pelos; sobre todo si sabe que no tiene ni uno.

Si juega al dedo mojado, no lo humedezca entre sus muslos, a menos que se encuentre en la intimidad.

Si propone jugar a «muéstrame tu polla y veras mi culo», asegúrese de que los mayores no vigilan.

Lo mismo cuando juegue «a ver quién mea más lejos», sobre todo si los árbitros son unos jovencitos.

Igual si juega «al parto» con una muñequita de porcelana en el coño.

También cuando juegue a ver «quién hace la cochinado más grande». Es el juego favorito de las niñas, pero los padres nunca lo aprueban.

A «adivina quién te dio», si está de rodillas

ante un muchacho, no le chupe la polla: no podría usted contestar las preguntas del juego.

Ponerse miel entre las piernas para hacerse lamer por un perrillo, está —en rigor— permitido; pero es inútil devolverle el favor.

Nunca masturbe a un chico en la ventana. Nunca se sabe sobre quién puede caer eso.

No se ponga a caballo sobre el cuello de un señor si no tiene las calzas abrochadas. Por poco excitada que esté, podría mancharle el cuello de la levita.

Levantarse la falda, sentarse sobre un bolo puesto en pie, meterlo por donde se imagina y correr sosteniéndolo con la sola fuerza del «cascanueces», es un ejercicio muy indecente que una señorita bien educada no debe imitar, ni siquiera cuando lo haya visto hacer con éxito de crítica.

Si juega «al burdel» con varias chicas, no se pinte con carbón el vientre y los muslos para hacer de negra.

Si juega «a la puta» con algunos chicos, no pida prestadas veinticinco ladillas a la hija del jardinero para hacerse un verdadero coño de tirada.

Si, jugando al escondite, se encuentra usted sola con una jovencita en un escondrijo impenetrable, masturbe a su compañera: es la costumbre. Y si le hace remilgos, másturbese ante ella para animarla.

Si practica la equitación junto a un hermoso caballero y la montura le provoca de golpe una

emoción desbordante, puede suspirar: «¡Ah!... ¡Ah!...», siempre que añada a continuación: «Lo hago por usted, señor».

Cuando juegue a la gallinita ciega, no rebusque bajo las faldas de su cautiva alegando que así la reconocerá en seguida. Esto la comprometería mucho.

Cuando le propongan jugar al «corre, corre que te pillo», no se eche a reír. Cualquier broma con esto sería un chiste fácil.

En clase

No dibuje en la pizarra el coño de la maestra, sobre todo si ella se lo ha enseñado confidencialmente.

Cuando se masturbe bajo el pupitre, no se limpie el dedo mojado en el cabello de su compañera, a no ser que ella se lo pida.

Si encuentra más cómodo hacerse una paja en el cuarto de baño, pida permiso sólo para salir; no diga el motivo.

Si le preguntan qué era Pompeya, no responda: «Debía ser una polla». Y si le preguntan qué personaje histórico le habría gustado ser, no diga mientras guiña: «Siempre he querido ser Perseo». Estas bromas harán reír a sus compañeras, pero no a la maestra.

No afirme que el Mar Rojo se llama así porque tiene la forma de un coño ni que la Florida es la polla de América ni que la Jungfrau no merece su nombre desde que los alpinistas la remontan. Serían observaciones ingeniosas, pero impropias de la boca de una niña.

No humedezca su pulgar en la boca o en el coño para pasar las páginas.

Si le dicen que el hombre se distingue del

mono en que aquel no tiene rabo, no afirme que sí tiene.

Es inútil que cite «follar» entre los principales verbos de la primera conjugación: yo follo, yo follaba, que yo folle, follando, follado. La conjugación de este verbo es interesante, pero le regañarán más por conocerla que por ignorarla.

Si la suma que le manden da 69, no se eche a reír como una pequeña imbécil.

Si su profesor le pide una pluma, no simule creer que quiere una mamada.

En el primer año de inglés, a veces salen frases ingenuas: «Tengo un lindo nidito. Tienes un gran capullo. A él o a ella le gustan las lenguas. Mi hermana tiene un buen cascanueces. ¿Quiere una paja? El húsar disparó dos veces. Busco los guisantes de mi tortilla. El cabrón tiene una hermosa cola. Mi hermano tiene zorras y mi padre vacas».

Ni se le ocurra traducir: *«I have a pretty little cunt, You have a big clito. She likes to be tongued, etc...»*.

Si su maestra la lleva a su cuarto y la toma entre sus brazos con una gran turbación, levántese la falda con naturalidad y guíe su vacilante mano. Esto le quitará un gran peso de encima.

El primer día, no se acerque a una alumna mayor y le pregunte si se hace pajas. 1.º Porque la pregunta es ociosa: ciertamente, se las hace. 2.º Porque estaría tentada de mentirle. Llévala en secreto al fondo del jardín y entréguese delante de ella a sus deliciosas costumbres. Su ejemplo le hará sentir vergüenza por su disimulo.

Si alguna de las mayores se burla de su juventud porque ella tiene unos bonitos pelillos y usted está rasa como la palma de la mano, no la llame oso peludo, Absalón ni mujer barbuda: aprenda una lección del enfado que siente y acuérdesese de ser modesta cuando tenga el monte frondoso.

Regalos

Si lleva en un medallón un ramillete de pelos rubios cortados del pubis de su amiguita, es preferible que diga que son cabellos.

No ofrezca nunca consoladores a una mujer casada, a menos que ella le haya contado sus infortunios.

Si muestra un lápiz automático, no eche miradas tiernas mientras saca y mete la mina.

El regalo más hermoso que puede hacer una jovencita es su virginidad. Como la de delante sólo se puede dar una vez, dé en cien ocasiones la de detrás y hará una centena de cortesías.

Si una amiga le regala un anillo, póngalo en el dedo que use habitualmente durante sus soledades voluptuosas. Es un detalle muy delicado.

Si regala una pluma gruesa a una amiguita inocente, enséñela a usarla o será un obsequio desperdiciado.

En el baile

Regla sin excepciones: jamás coja la polla de un compañero de baile a quien no se le empine por usted. Un vistazo a su pantalón le evitará meter la pata.

Si disfruta danzando, dígalo bajito. No lo grite.

Si ve una mancha en el vestido de una chica, no le pregunte si es de semen.

Si su compañero de baile le pone la polla en su mano, pretende darle a esta galantería un carácter confidencial. No llame a todo el mundo para enseñar lo que coge.

Cuando, tras un mueble, un señor se corre en su mano, es más prudente chuparse los dedos que pedir una servilleta.

Una niña bien educada no orina en el piano.

De visita

Vuelva a ponerse los guantes antes de entrar si se ha hecho una paja en el ascensor.

Cuando la señora de la casa se incline para besarle, no le meta la lengua en la boca. Eso no se hace ante testigos.

Diga: «Buenos días, señora. ¿Cómo está usted?». Pero nunca pregunte a una mujer casada: «¿Folló bien anoche?». Porque lo más frecuente es que no tenga nada que contar.

En un salón muy fino no tome jamás el pañuelo de un señor para limpiarse las partes pudendas, incluso si se ha mojado por su culpa.

Si una de las invitadas le gusta, puede sonreírle a hurtadillas; pero no vibre la lengua mientras refuerza el brillo de sus ojos. Sería expresar con demasiada evidencia una proposición que es preferible sobrentender.

Si alguien le hace admirar una rosa, no le diga: «Me recuerda el coño de la señora X...». Pues sería un cumplido de esos que más vale guardarlos para los momentos de intimidad.

Si una señora modesta le dice: «Mi hijo trabaja peor que su hermano», no le responda: «Sí, pero su leche es mejor». Los elogios de este tipo no

agradan a una madre cristiana.

Si ve una mancha roja en el bigote de un joven, no le espete delante de todos: «¿La señora X... tiene, pues, la cosa?». Se haría un silencio embarazoso.

No pegunte a una actriz dónde pasó sus años de prostíbulo. Infórmese por sus amigas.

Si le dijeran que es «todo un chico», no muestre su coño para probar lo contrario.

Decirle a una señorita que tiene unos hermosos cabellos rubios, es una gentileza; es una indiscreción preguntarle en voz alta si los del pubis son del mismo color.

Si está sentada en el borde de una silla, no se mueva demasiado adelante y atrás; la distraería.

Si una señora rechaza sentarse, no le dé consejos sobre el peligro de ser enculada por algún despistado.

Si al caballero que habla con su madre se le empina bajo el pantalón, no le llame la atención a gritos.

Hay que decir siempre la verdad; pero cuando su madre recibe en el salón, la llama y le pregunta qué hacía, no responda: «Me lo meneaba, mamá», aun siendo rigurosamente cierto.

Supersticiones

Se conquista a los hombres poniéndoles una pizca de sal en la punta de la polla y chupándola hasta que la sal se haya disuelto.

Por ser el viernes el día dedicado a Venus no tiene ninguna mala influencia sobre las citas amorosas. Al contrario.

Si son trece haciendo el amor sobre la misma cama, no mande a la más pequeña que se masturbe sobre la mesita de noche. Mejor llame a la hija de la portera y así serán catorce.

Asimismo, si su amante le echa trece polvos en la misma noche, no lo deje irse hasta que no descargue por decimocuarta vez.

Si una joven morena le dice: «Las morenas vienen al mundo por el coño y las rubias por el ojo del culo», puede responder sin vacilar que se trata de un falso rumor. Si usted es rubia, puede añadir una bofetada.

Cuando pierda su virginidad, no recurra a San Antonio de Padua para recuperarla. San Antonio de la Tebaida meditó mucho sobre cuestiones sexuales; pero su homónimo no se complacía con estos asuntos.

No se ate un cerdito de oro en los pelos del

coño para que dé suerte a lo que cubran. Los caballeros que le levanten la falda podrían reírse con esta ocurrencia.

En el castillo donde sus padres reciben visitas, no se beba el agua de bidet de todas las chicas para conocer sus pensamientos.

Antes de que le metan un consolador por el culo, no exija que haya sido bendecido por el obispo. Algunos se negarían a ello.

En la iglesia

Una jovencita que se despierta debe terminar de masturbarse antes de empezar sus oraciones.

Si fue insuficiente la paja de la mañana, no la concluya durante la misa.

No siga el oficio con un ejemplar de Gamiani, sobre todo si está ilustrado.

Nunca arranque un botón del pantalón a su vecino en el momento de la colecta. Hágalo antes de entrar.

«Quienes conozcan algún impedimento para que este matrimonio sea celebrado, que hablen ahora o callen para siempre», dice el sacerdote. Pero sólo es una fórmula. No se levante para revelar confidencias.

Cuando esté al lado de una mujer que de rodillas saca el culo, no le pregunte si esta postura le trae dulces recuerdos.

Al arrodillarse ante el altar, no invite en voz baja a su vecinita a acostarse con usted por la tarde.

El día de su primera comunión, si una señora grita al verla: «¡Qué bonita! ¡Parece una novia!», no responda: «Sólo me falta la flor». La réplica sería considerada atrevida.

Si se la chupa a un señor antes de ir a comulgar, no se trague la leche: ya no estaría en ayunas, como es preceptivo.

Durante la catequesis, si el joven sacerdote le pregunta qué es la lujuria, no le conteste entre risas: «Lo sabemos mejor que usted».

Durante la homilía, si el predicador parece creer en la «pureza de las jóvenes cristianas», no se parta de risa.

Si echa un polvo por la tarde en una iglesia de pueblo, no se lave el coño en la pila del agua bendita. Lejos de purificar su pecado, lo agravaría.

En la confesión

Si su confesor le pregunta cuántas veces ha sido inseminada, no le responda: ¿Y usted?

No se masturbe en el confesionario para ser absuelta inmediatamente después.

Cuando le cuente todas sus cochinadas al buen sacerdote que la escucha, no le pregunte si lo oído se la pone tiesa.

Si se confiesa en la casa de su director espiritual, no le pida jamás que le deje coger la polla para explicarle mejor lo que hace a los chicos ni tampoco le muestre su coño para que comprenda bien lo que le hace a las muchachas.

Si su director espiritual tiene por costumbre follarla, encularla o correrse en su boca antes de absolverla de eso y lo demás, manténgalo como amante si le gusta, pero cambie de confesor. Desde el punto de vista canónico, no da la talla.

En el museo

No se suba a los zócalos de las estatuas antiguas para utilizar sus órganos viriles. No hay que tocar los objetos expuestos; ni con la mano, ni con el culo.

No pinte rizos negros en el pubis de las Venus desnudas. Si el artista representa a la diosa sin pelos es porque Venus se afeitaba el monte.

No pregunte al vigilante de la sala por qué el Hermafrodita tiene cojones y tetas. Esa pregunta no es de su competencia.

En los Campos Elíseos

Si tiene ya tetitas, no se las saque a tontas y a locas para darle el pecho a su muñeca. Esto está permitido a las nodrizas, pero no a las jovencitas.

No compre una varilla de aro para metérsela en el coño delante de todo el mundo. Hágalo en su casa.

Si un viejo verde le muestra su miembro en el recodo de una alameda, no está obligada a enseñarle su coñito para devolver la cortesía.

No entre en los urinarios para ver mear a los caballeros.

Cuando, a pleno día, venga de joder entre los macizos, no se lave el culo en un tazón del Rond-Point. Eso la pondría en evidencia.

En la calle

Dar limosna a un pobre porque no tiene pan, perfecto; pero chupársela porque no tiene amante, es excesivo. De ninguna manera se puede considerar obligatorio.

Si le apetece acostarse con un caballero que pasa, no se lo pregunte usted misma. Hágale hablar a través de su criada.

No se enchufe jamás una manguera en sus partes íntimas. Estos instrumentos descargan demasiado fuerte para su pequeña capacidad.

Si ve, al lado de una acera, un caballo terriblemente empalmado, no alargue la mano para aliviarlo. No es costumbre.

Si en una muchedumbre una mano misteriosa le toca el pubis, abra del todo los muslos para dar facilidades.

No dibuje cipotes en las paredes, aunque tenga un gran talento como artista.

No se la chupe a los caballeros en los urinarios antes de la una de la madrugada.

En las tiendas

Si se hace chupar por una dependienta del Louvre en un probador, no grite que ha disfrutado; provocaría un escándalo espantoso.

Al salir de los servicios públicos, no pida una rebaja con el pretexto de que sólo se ha masturbado.

Nunca entre en un burdel para contratar los servicios de una tortillera si no lleva veinte francos.

Si le falta algo de dinero para pagar sus compras, no proponga al vendedor chupársela a cambio de la diferencia; sobre todo si su mujer los escucha.

No entre en una peluquería pidiendo con desparpajo que le ricen los pelos del coño.

No mande su consolador a la mercería para que le pongan unos lacitos.

En el teatro

No ponga la mano sobre el pantalón de su vecino para ver si el *ballet* lo pone cachondo.

Si ve que una bailarina tiene el cabello rubio y las axilas negras, no pregunte el motivo a gritos.

Tampoco diga en voz alta: «¡Esa morenaza es la que se acuesta con papá!». Especialmente si su señora madre la acompaña.

Aunque tenga referencias fehacientes sobre los talentos de la compañía, no diga de forma que lo oiga todo el palco: «Esa chupa como una chimenea; deja seco a quien quiere. Aquella otra funciona por el culo».

Si escucha durante la representación algunas bromas picantes, alusiones, indirectas, no se las explique a los adultos, aunque parezcan no haberlas entendido.

No pregunte tampoco por qué el bello tenor no se tira a la soprano, que canta todo el tiempo como si se estuviera corriendo. Eso no suele hacerse en el escenario.

Si el papel de amante lo representa una mujer disfrazada no grite a través de la sala: «¡Sucia tortillera! ¡Lávate la lengua! ¿Dónde está tu consolador?». Y otras frases impertinentes que el

público no escucharía sin protestar.

En la playa

Si pasa al lado de un caballero que se está bañando, no le coja los huevos, por muchas facilidades que dé su indumentaria a los tocamientos.

No se masturbe mientras se hace la muerta; se notaría.

En el agua, no pida a los presentes permiso para hacer pipí. Hágalo sin autorización.

En la medida de lo posible, no se encierre en su vestidor con un hombre. Entre con una jovencita: le lamerá tan bien, si no mejor, y no la comprometerá.

Si escribe obscenidades en los tabiques de la cabina, no las firme con el nombre de la señora que la precedió.

Cuando por las rendijas de la madera vea en el vestuario de al lado a una señora que, creyéndose sola, se masturba; no golpee el tabique preguntándole «si ya viene». En lugar de animarla, la turbaría.

Si un caballero le pregunta por qué no se baña, no le responda: «Tengo la regla».

En el hotel, de viaje

No llame al camarero a las once de la noche para pedirle un plátano. A esa hora, solicite una vela.

No pregunte a la gobernanta si la sirvienta sabe hacer mamadas. Interrogue a la interesada.

No llame a los transeúntes por la ventana, aunque tenga muchas ganas de joder y nadie para satisfacerla.

Puede mirar por el ojo de la cerradura para saber por qué su mamá se encierra todo el día con un joven que no conoce, pero nunca grite: «¡Ánimo, mami! ¡Ya viene, ya viene!». En lugar de excitarla, le procuraría una lamentable turbación en sus tareas.

Si por el mismo método, ve que un turista se divierte con una criada del hotel, es inútil que grite en las escaleras para advertir a la gobernanta. Eso no es asunto suyo.

En el campo

No haga anunciar al pregonero que perdió su virginidad. El hombre que la encontró no se la devolverá.

Si se encuentra en un lugar desierto con un vagabundo que la acosa, déjese follar. Es el medio más seguro para no ser violada.

No haga que siete u ocho campesinos se corran en un vaso para beber leche con azúcar. Esto le daría una pésima reputación en la comarca.

Delante del jardinero que riega la tierra para que crezca el césped, no se moje el pubis para que le crezcan los pelos. Se reiría de su ingenuidad.

Deberes hacia el prójimo

Tenga por segura esta verdad: todas las personas presentes, cualquiera que sea su sexo y su edad, tienen el deseo secreto de hacerse chupar por usted; pero la mayoría no se atreven a decirlo.

Por lo tanto, respete ante todo la hipocresía — que se llama también *virtud*— y no diga jamás a un caballero ante quince personas: «Enséñame tu polla y yo te mostraré mi raja». Ciertamente, él no lo hará.

Al contrario, si se encontraran completamente solos y en un lugar donde estuviera seguro de no ser sorprendido por nadie, no sólo le mostraría su cipote, sino que no se opondría a que se lo chupara.

La mayor parte de los consejos que siguen derivan de los principios anteriores.

Deberes para con su padre

Si su señor padre, enfurecido, le dice: «¡No eres mi hija!». No le responda entre carcajadas: «¡Hace mucho que lo sabía!».

Cuando su señor padre se presente en su grupo, no diga: «¡Ya está aquí el cornudo!». O, si lo hace, que sea en voz muy baja.

Si bebe un vaso de cerveza en el billar de su papá, hace mal; si orina en la botella para que no se percate de la disminución, lo único que consigue es agravar la falta.

Si se sienta en la rodilla izquierda de su señor padre, no frote su culo con su polla para excitarlo, a no ser que estén solos.

Si su señor padre le pide que se la chupe, no tenga el despiste de decirle que su picha huele al coño de la criada. Podría preguntarse por qué reconoce usted ese olor.

Si su señor padre la lleva a un burdel para que sea lamida por unas putas hábiles, no dé su dirección a todas esas señoritas para cartearse. Una jovencita con mundo sólo va al prostíbulo en el más estricto incógnito.

Si se está haciendo una paja cuando su señor padre entra en su habitación, párese: es lo más

conveniente.

Si su señor padre se digna alguna vez a eyacular en su boquita, acéptelo con los ojos bajos y como si fuera un gran honor del que no es digna. Pero, sobre todo, no vaya a jactarse de ello como una estúpida al oído de su mamá.

Deberes para con su madre

No la llame jamás: «¡Vieja vaca! ¡Putas de urinario! ¡Tortillera de putas! ¡Loca por la leche! ¡Viruela ambulante! Etc...». Son expresiones que conviene dejar al vulgo.

Tampoco le diga nunca: «¡Vete a la mierda! ¡Qué te den por el culo! ¡Me cago en ti!».

Y sobre todo: «¡Me sales del coño!». Pues, al contrario, es usted quien salió del suyo.

Por la noche, cuando su señora madre vaya a darle un beso en su cama, espere a que se haya ido para hacerse la paja.

Si su señora madre le pregunta a quién le gusta más besar, no responda: «El culo de la criada».

Cuando vaya a la casa del amante que tiene por costumbre encularla, no se maquille el ojete en el cuarto de baño de su madre con el lápiz que usa para sus labios.

No se ciña un consolador para enfilear a su señora madre antes de que ella se lo pida.

No se ofrezca a su mamá para participar —por poco que sea— en sus voluptuosidades conyugales. Espere a que ella se lo pida.

Deberes para con su hermano

Nada más feo que una niña vea cómo se le empina a su hermano y no haga nada para aliviarlo.

Menéesele a su hermano en su cama; no en la de usted. La comprometería.

Cuando venga de chupársela a su hermano, no escupa la leche en la cara de su institutriz. Si se quejara, tendría problemas.

La mayoría de las jovencitas se hacen desvirgar por sus hermanos, lo cual ofrece menos inconvenientes que si interviniera un extraño.

Si su hermano se le pone encima a las tres de la madrugada y le hinca gentilmente la polla en el culo, no le diga que tiene sueño.

Deberes para con su hermana

Los días que su hermana no vea a su amante ni a su amada, métale delicadamente la mano bajo la falda y pregúntele si quiere contentarse con usted.

Si le responde que prefiere hacerse una paja completamente sola, retírese con discreción.

Cuando su hermana esté orinando, no le quite la escupidera para que mee en el suelo; es una broma de mal gusto.

Cuando ella —en camión— esté de rodillas, váyase si ve que su hermano aprovecha esta posición para meterle la lengua en el culo.

Si ve a un caballero desnudo en la cama de su hermana, no vaya a cuchicheárselo a su señor padre. La visita no es para él.

Si su hermana tiene pelos en el pubis antes que usted, no se los arranque con la excusa de que es una injusticia.

Cuando su hermana salga para el baile, no escriba en la espalda de su vestido blanco: «Encúleme, por favor». Absténgase de toda inscripción de este tipo.

Durante el noviazgo, no le diga a su futuro cuñado que su hermana chupa muy bien las pollas. Aunque vaya a disfrutar esa habilidad

íntima, saberlo así no le va a hacer gracia.

Si le preguntan qué hace su hermana en su habitación, no diga que se la menea; incluso si está segura de lo que dice.

No le cuente a nadie que su hermana se mete la almohada entre los muslos, se frota contra ella y la llama Gastón.

Si su hermana se sirve varias veces seguidas de su consolador y no quiere devolvérselo, no se queje a sus padres. No cuente tampoco con su espíritu de justicia, cuando ella se niegue a lamerla. En ambos casos usted sería azotada.

No se burle de su hermana si ella no quiere ser enculada. Una jovencita con mundo es completamente libre de dar un solo agujero a sus amantes.

Cuando su hermana mayor esté en camisón y de rodillas sobre el reclinatorio, no le chupe por detrás; la distraería.

Deberes para con Dios

Todas las noches, antes de masturbarse, rece sus oraciones arrodillada.

Admire la bondad de Dios que da a cada jovencita un coño para recibir todas las pollas del mundo y que —para variar los placeres— le permite reemplazar la polla por la lengua, la lengua por el dedo, el coño por el culo y el culo por la boca.

Agradézcale la creación de las zanahorias para las niñas, los plátanos para las jovencitas, las berenjenas para las jóvenes madres y las remolachas para las señoras maduras.

Bendígale por haber puesto en usted el deseo de correrse y creado mil medios para conseguirlo.

Si quiere un amante, pídaselo y se lo dará. Si es una tortillera lo que necesita, dígaselo sin vergüenza. Dios lee en su corazón. No podría engañarlo.

No rece desnuda. Póngase un camisón, no se lo suba delante de los presentes. Si lleva un consolador en el coño, quíteselo. También si lo tiene en el culo.

Mientras reza de rodillas, si alguien pretende aprovecharse de esta posición para encularla, no

se preste a esta inconveniencia.

Antes de comulgar, si se la ha chupado a alguien, no se trague la corrida; no estaría en ayunas. Pero puede beberla en viernes. El semen, al igual que la leche, no se considera un alimento graso.

Algunas jovencitas muy vigiladas se compran un pequeño santo de marfil pulido y lo usan como consolador. Es una costumbre condenada por la Iglesia. En cambio, puede servirse a tal efecto de un cirio, siempre que no esté bendecido.

Con el amante de su madre

Cuando una jovencita ha descubierto quién es el querido de su mamá, bajo ningún pretexto debe decírselo a su papá.

No diga jamás al amante de su madre que una chica se masturba pensando en él, sobre todo si ella es usted.

Si el amante llega pronto y su señora madre le pide que lo atienda, excítelo, pero no se la chupe.

Cuando su madre vuelva de una cita, no debe preguntarle si le ha gustado, cuántas veces lo ha hecho, si el caballero follaba bien, etc. Estas preguntas sólo merecen la correa.

También está prohibido llevarse a parte al querido y preguntarle: «¿Se corrió dentro? ¿Es muy guarra? ¿La chupa bien? ¿Se traga la leche? ¿Se deja encular?». Etc, etc.

Ni tampoco para decirle: «Papá se tiró a mamá anoche. Me lo ha dicho mi sirvienta». Esta información no sería recibida con gusto.

Si usted sabe que su madre espera a su amante en casa, no se esconda bajo la cama para gritar: «¡Sorpresa! ¡Soy yo!», mientras la saborea en su boca. Podría atragantarse.

No escoja, tampoco, ese momento para entrar

en la habitación aullando: «¡Ya está aquí papá!», cuando sabe perfectamente que su señor padre está de viaje.

Si este se ausentara durante seis meses o un año, no se arriesgue, un día de adulterio, a esconder la jeringa de su mamá, de forma que se dé cuenta demasiado tarde. Podría tener consecuencias muy graves y la broma no sería apreciada.

Si descubre que es hija del amante y no del marido, no llame a este caballero «papá» delante de veinticinco personas.

Es al esposo de su madre a quien debe llamar papá. Aun estando segura de que no les une lazos sanguíneos, no le debe decir al oído: «¡Te la puedo chupar, no eres mi padre!». La segunda oración destruiría todo lo que tuviera de agradable la primera.

Si una visita llega cuando su madre está haciendo el amor y le han encargado que diga: «Mamá está indispuesta», no dé detalles sobre la enfermedad. Si le preguntan: «¿Qué tiene?». No conteste: «Una polla en el culo».

Apartado especial para hacerse desvirgar

A partir de los ocho años, no es conveniente que una niña sea aún virgen, aunque lleve mucho tiempo chupando pollas.

Cuando tenga ocho años cumplidos, si le piden su virginidad debe darla; si no se la piden, debe ofrecerla educadamente.

Para que la desfloren, tiéndase en mitad de la cama, quítese el camisón o al menos súbaselo hasta las axilas, separe las piernas y ábrase los labios del coño con las dos manos. Si el caballero prefiere desvirgar su culito, ofrézcaselo inmediatamente: le corresponde a él escoger el camino que le apetezca.

Si su desfloramiento se produjo sobre la hierba o en el banco de un parque o en un coche o sobre una taza de váter o en una bodega, sobre un tonel, o en el desván sobre una caja vieja, no se queje de la incomodidad. Se folla donde se puede.

Cuando la hayan desvirgado, guárdese de ir a contárselo a su señor padre. Eso no se hace.

No se lo diga a su sirvienta, si tiene la costumbre de masturbarla todas las noches: ella descubrirá por sí misma el rastro del lobo.

Con un amante

Tenga todos los amantes que quiera, pero no cuente a los jóvenes lo que hace con lo viejos. Ni al contrario.

No olvide decir «por favor» cuando pida una polla ni «gracias» cuando se la den.

Cuando esté con un amante que la tenga tiesa a la altura de su cintura y se propone follarla, súbase en un taburete para que su coñito esté a la altura de las circunstancias.

En general, es preferible que se ponga de rodillas sobre un sillón, se eche la falda sobre la espalda y abra las nalgas con ambas manos, de manera que queden a la vista sus dos agujeros. Así, el caballero podrá elegir su camino con toda libertad. Es la postura más cortés.

Si su señora madre la acompaña a casa de su amante, deje que la joda primero, es la costumbre; cuando se la estén follando a usted, lámala para tenerla ocupada.

Mientras sea impúber, puede hacer el amor con los negros sin ningún peligro, si eso la excita; cuando tenga la regla, pida a sus amantes negros que la enculen, pues un mulatito dañaría su buen nombre.

Con el servicio

Si es una jovencita muy folladora, si tiene siempre la camisa llena de lechigazos y las sábanas manchadas, masturbe de vez en cuando a la criada para que no diga nada.

No se la chupe nunca al ayuda de cámara en presencia de la cocinera. Sentiría celos y la denunciaría.

Al subir en el coche de sus padres, no bese en el cuello del chófer, aun estándole muy reconocida porque se la acaba de follar seis veces.

No se queje a su señora madre de que la nueva sirvienta no quiere lamerla. Haga que la echen por otro motivo.

No encule por la fuerza a su camarera con el palo de una escoba. Podría hacerle daño.

Cuando su criada inglesa esté dormida, no le corte los pelos del pubis para hacerse un bigote rubio.

Si la cocinera le deja examinar su chocho con todo detalle, no eche en él polvo picapica.

Si sorprende a la ayudante de cocina a punto de hacerse una paja con el rodillo, no se lo diga a su señora madre. Cuando una pobre chica está caliente, coge lo primero que tiene a mano.

No se la chupe a los criados. Es un servicio que puede exigirles, pero que no es conveniente devolverlo.

No entre jamás donde el servicio con la falda levantada hasta la cintura y gritando: «¡Metédmela todos!»: le perderían el respeto.

Por muy grande que sea la venalidad del ayuda de cámara con quien folla, no le regale una joya de su señora madre cada vez que se la meta.

No exija a su camarera que se lo chupe más de dos veces al día: no hay que cansar a los criados.

Cuando venga de chupársela a alguien, no vaya a la cocina para echar la leche en la olla. Le daría mala fama entre el servicio.

Con el señor Presidente de la República

Solicitada para tener el honor de recitar un elogio ante el Presidente de la República, no le diga al oído cuando la bese: «Ven a casa y te la pondré tiesa».

Igualmente, si ve que es un cliente habitual de la casa donde vendes tu boquita, no lo llame «gran bebé» delante de Estado Mayor.

No lo llame tampoco «viejo sátiro» cuando le reclame cien mil francos a cambio de su silencio.

Si, por el contrario, se aparta discretamente con usted y se lanza sobre su grupa para satisfacer su lubricidad, nada la obliga a dejarse violar por el Jefe del Estado.

Si se acuesta con él de buen grado y le pide que orine en su boca, no le objete que este acto va contra el respeto que se le debe. Él conoce el protocolo mejor que usted.

Puede pedirle un mechón de sus cabellos como memoria de sus favores, pero sería indiscreto cortarle la picha para conservarla como un recuerdo suyo.

Si durante una correría nocturna, se encuentra al Presidente de la República completamente

borracho, tirado en un charco, hágalo llevar al Elíseo con los honores debidos a su posición.

Si el señor Presidente muriera súbitamente mientras usted saborea su leche, puede contar la anécdota a todo el mundo: no la perseguirán. Hay precedentes.

Para chupar

Nunca diga a un hombre de mundo: «¿Hay que chupársela?». Son las putillas baratas quienes hablan de esa forma. Dígale en voz baja, al oído: «¿Quiere mi boca?».

Si está con un caballero al que nunca se la ha mamado, no le haga sabias lamidas a lo largo de la polla y por detrás de los cojones. Tendría una mala opinión acerca de su pasado.

Métase modestamente la picha en la boca al tiempo que baja los ojos. Chúpela despacio. Preste atención a los dientes para no morderla y apriete los labios a fin de no babear.

Cuando el caballero esté a punto de correrse, no lo interrumpa pidiéndole noticias de su madre, aunque haya olvidado hacerlo a su tiempo.

Cuando eyacule, tráguese en silencio hasta la última gota. A continuación diga alguna frase amable sobre el sabor de la bebida que acaba de tomar.

Hecho esto, no le pida al caballero *seis sous*. Las jovencitas con mundo la chupan por gusto.

Si está acostada con un hombre al que conoce muy bien y al que ya le ha proporcionado veinte corridas, puede —sin inconveniente alguno—

chuparle el pellejo delos cojones y meterle la lengua en el culo como preámbulo; pero déjele creer que es el único a quien usted concede esos favores.

Si al caballero se le pone blanda entre sus labios, no lo achaque a su debilidad, sino a la inexperiencia de usted.

Si muriera, abotone su pantalón otra vez antes de llamar a la criada y nunca diga en qué circunstancias entregó su alma a Dios.

En la cama con una amiga

Nada más acostarse con una amiga, métale la mano en el coño; no espere a que se lo pida.

No se burle de una chiquilla porque aún es virgen. Hay desgraciadas que nunca han hecho que alguien se empine.

Recuerde que en el 69 el lugar de honor es el de abajo. Una jovencita debe ponerse siempre arriba. Si su amiga no se lo chupa bien, sería de pésimo gusto orinarle en la cara como forma de mostrarle su descontento.

Cuando apague la luz y diga a su compañera: «Déjame que te llame Arthur», no disimule que le está haciendo una confidencia.

No avergüence a una jovencita que acaba de hacer sus más sabias lamidas en su ojete. Lo ha hecho ciertamente con la mejor intención.

En la cama con un anciano

Si los reveses de la fortuna obligan a sus padres a prostituirla antes de la edad legal, muéstrese digna de la confianza que han puesto en usted y pruébeles que no se equivocaron al jactarse de sus jóvenes talentos.

Encerrada con un anciano, no se desnude deprisa. Déjele buscar bajo su falda y deslizar sus venerables dedos hasta la parte de su cuerpo que le interese más.

No abuse de los títulos honoríficos cuando hable con su protector. «Excelencia, Monseñor, señor Vicepresidente del Senado» son expresiones que más vale dejar de lado. Por el contrario, no tema llamarlo «¡Cerdo! ¡Cochinito! ¡Grandísimo bribonzuelo!». Estos insultos dichos con una sonrisa serán siempre bien recibidos.

En cualquier circunstancia, dar la espalda a un anciano es una descortesía. Sin embargo, una jovencita desnuda que enseña sus nalgas a un viejo vagabundo puede estar segura de no ser reprendida.

Si el caballero le pregunta acerca de sus costumbres, preséntelas peor de lo que son. Diga, por ejemplo, que se masturba cuatro o cinco veces al día, aunque no sea más que una; que chupa todas las noches el clítoris de su señora madre,

aunque sepa que prefiere a su amante de usted.

Diga... No diga...

No diga: «Mi coño». Diga: «Mi corazón».

No diga: «Tengo ganas de follar». Diga: «Estoy nerviosa».

No diga: «Acabo de correrme como una loca». Diga: «Estoy algo fatigada».

No diga: «Me corro». Diga: «Vengo».

No diga: «Cuando tenga pelos en el coño». Diga: «Cuando sea mayor».

No diga: «Prefiero la lengua a la polla». Diga: «Sólo me gustan los placeres delicados».

No diga: «Entre comidas sólo bebo semen». Diga: «Tengo un régimen especial».

No diga: «Tengo doce consoladores en mi cómoda». Diga: «Nunca me aburro sola».

No diga: «Me importan un pepino las novelas honestas». Diga: «Querría algo interesante para leer».

No diga: «Cuando ella se corre parece un burro meando». Diga: «Es una exaltada».

No diga: «Cuando le enseñan una polla, se enfada». Diga: «Es una original».

No diga: «Es una jovencita que se hace pajas a reventar». Diga: «Es una sentimental».

No diga: «Es la mayor puta que hay sobre la tierra». Diga: «Es la mejor muchacha del mundo».

No diga: «Se hace encolar por todos los que la lamen». Diga: «Es un poco coqueta».

No diga: «Es una tortillera empedernida». Diga: «No es nada coqueta».

No diga: «La he visto tomar por los dos agujeros». Diga: «Es una ecléctica».

No diga: «Se empina como un caballo». Diga: «Es un mozarrón».

No diga: «Su polla es demasiado grande para mi boca». Diga: «Me siento tan niña cuando estoy con usted».

No diga: «Se ha corrido en mi boca y yo en la suya». Diga: «Hemos cambiado impresiones».

No diga: «Cuando se la chupan, eyacula al momento». Diga: «Es impulsivo».

No diga: «Echa tres polvos sin sacarla». Diga: «Tiene un carácter muy firme».

No diga: «Folla muy bien a las jovencitas, pero no sabe encolarlas». Diga: «Es un poco simple».

Evite las comparaciones arriesgadas. No diga: «Duro como una polla, redondo como un cojón, mojado como mi raja, sabroso como el semen, no más gordo que mi clítoris», y otras expresiones que no están recogidas en el Diccionario de la Academia.